







# EL SEPULTURERO

## DEL CEMENTERIO DE SAN NICOLAS,

*Drama en cuatro actos y un prólogo, dividido en dos cuadros, por DON LUIS MEJIA Y ESCASSY, representado por primera vez por muchas noches consecutivas en Cádiz, con extraordinario éxito, y con el mismo en otros teatros de Andalucía, en el mes de Octubre de 1866.*

A mi querido padre en prueba de cariño.

LUIS MEJIAS Y ESCASSY.

### PERSONAJES.

### ACTORES.

AMALIA.....	Doña Matilde Martinez.
ELISA.....	Doña Eleisa Rico.
ROQUE.....	D. Francisco Galvan.
ENRIQUE.....	D. Enrique Martinez.
EL PADRE MIGUEL.....	D. José Corte.
BENJAMIN.....	D. Antonio Muñoz.
EL MARQUÉS.....	D. Sebastian Vechio.
TOMÁS.....	D. Domingo Ruiz.
EL CORREGIDOR.....	D. Antonio Jimenez.
JOSÉ.....	D. Salustiano Muñoz.
Esclavos negros, marineros y alguaciles.	

*La accion se supone en Madrid durante el prólogo y los actos tercero y cuarto, y en San Salvador (Guatemala) los actos primero y segundo.*

*Epoca del prólogo..... 4-02.  
id. del drama ..... 1816.*

## PRÓLOGO.

### CUADRO PRIMERO.

Sala de despacho. Puertas laterales. Una secreta á la izquierda en segundo término. Mesa de escritorio á la derecha; velador y butaca á la izquierda. Muebles sencillos, pero de buen gusto. Al levantarse el telon aparece el Marqués sentado junto á la mesa de despacho. Manifiesta estar pensativo y recorre á intervalos, pero con avidez, los renglones de una carta.

### ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.

Si No cabe duda... Hoy llegará á Madrid... así lo dice en su última carta... y su llegada en... para mi familia, la desesperacion y... muerte. Quinientos mil reales! Oh! Realiza... mis bienes, apenas podré reunir esa cantidad... y es preciso entregársela... Hoy llegará, y mañana... todo habra desaparecido para mi. Entre tanto Amalia se morirá, porque Amalia no podrá soportar la miseria; y mi hija quedará huérfana de una madre cariñosa, y sometida á sufrir los infortunios de su desgraciado padre! *(Hace sonar un timbre que habrá sobre la mesa y aparece José.)*

### ESCENA II.

EL MARQUÉS y JOSÉ.

MAR. Acéreate, mi buen José. Como ha pasado la noche?

JOSÉ. En un continuo delirio; presa de una voraz calentura. Por la mañana se ha tranquilizado un poco; ha vuelto á llamarme y á insistir en que haga venir al padre Miguel, su confesor.

MAR. Y le has avisado?

JOSÉ. Señor, no queriendo interrumpir vuestro reposo para consultaros lo que debia hacer, he creido lo mas conveniente el llamarle, para no perder tiempo. A su llegada podreis disponer lo que os parezca mas acertado.

MAR. Has hecho bien, José. Gracias por la sollicitud de tus servicios; puede ser que algun dia te sean recompensados debidamente. Cuando llegue el Padre Miguel, hazle entrar aquí; necesito hablarle antes que vea á la señora.

José. No teneis que esperar mucho. Hace un momento que ha llegado, y solo aguarda vuestras órdenes.

MAR. Házle entrar al momento. (*vase José.*)

### ESCENA III.

EL MARQUÉS, á poco EL PADRE MIGUEL.

MAR. No me queda otro remedio! Me pondré en manos de este hombre honrado. El, acaso mas sabio y menos ofuscado, encontrará solución... Os esperaba con impaciencia... (*viéndole llegar.*)

Mig. Señor Marqués, he recibido un recado...

MAR. Es verdad; llegad, sentaos... (*lo hace sentar en la butaca y él lo hace á su lado.*)

Mig. Pero qué alteracion encuentro en vuestro semblante!... Qué ocurre? Vamos, hablad; tranquilizaos...

MAR. Padre, Amalia se muere! Mi Elisa, mi desgraciada hija, vá á quedar sola en el mundo...

Mig. Sola!

MAR. Sola, sí; porque su padre no podrá soportar el terrible peso de su infortunio!...

Mig. No os comprendo...

MAR. Ya lo comprenderéis, cuando os haga una relacion exacta de los acontecimientos que pasan por mi vida... Prestadme atencion por un momento.

Mig. Tranquilizaos, y hablad.

MAR. Hace cuatro años me encontraba jóven, é hijo de una elevada familia; mis padres, los Marqueses de Villa-Espino, me habian dejado por herencia su título, y un mediano caudal, que las desgracias de los tiempos habian reducido. Entregado con exceso á los placeres del mundo, prefiriendo la orgía, el juego y las emociones de una vida sin freno, en poco tiempo me vió empujado; pero en mi desesperacion, habia tenido la fortuna de encontrar á Amalia, y de haberme enamorado.

Amalia era mi áncora de salvacion, porque yo conocia que dominaba mis vicios, que reprimaba mis mundanales pasiones. Amalia era huérfana tambien, y sin otros recursos para vivir que los que le proporcionaba su trabajo, á que con laboriosidad se dedicaba. La ofrecí mi mano, que aceptó, mas que por amor, por necesidad, por conveniencia; pero aunque yo lo comprendí así, su posesion hacia mi felicidad, y me casé con ella. La desgracia de mis aventuras, me habia hecho perder mis amigos, porque los amigos no se conservan mas que en la prosperidad. Uno, sin embargo, redoblaba para conmigo su sollicitud, y creyendo en su sinceridad, de que constantemente me daba pruebas, anudé mi amistad despues de casado. Enrique del Robledo frecuentaba mi casa, participaba de mi felicidad doméstica, pero comprendia sin duda que esa felicidad era aparente, superficial. Mis negocios, empeorando á cada paso, me hacian pasar una vida llena de emociones, que difícilmente se podian ocultar á la vista de aquellos seres, únicos para mí queridos. Un día Enrique se franqueó conmigo, y me interrogó sobre mis infortunios: no pude negarle que era desgraciado, confesándole á la vez las causas que motivaban mis desgracias; la ruina de mi capital, la falta de amor en mi mujer. Enrique se compadeció de mí; pero en algunos dias no volvió á hablarme sobre el particular, hasta que uno de ellos se presentó en mi casa, manifestando que partía á remotos paises, donde permanecería algun tiempo; que queria hacerme partícipe de al-

gunos de sus secretos, entregándome un pliego cerrado, que me exigió no abriese hasta dos dias despues de su partida.

Mig. Y ese pliego?...

MAR. Ved lo que contenia. (*acercándole una carta, que ha tomado de la mesa.*)

Mig. Una carta?

MAR. Sí; leed.

Mig. (*leyendo.*) «Voy á partir muy lejos; sabe Dios si «nos volveremos á ver! Mi fortuna toda, cuanto poseo, consiste en esa cantidad que incluyo en valores realizables. Ponla en giro, y esfuérzate en ser feliz, y en hacer feliz á Amalia. Si algun dia necesito esa suma, ya habrá sido tiempo de que con ella pongas tu caudal á salvo. Enonces, con la anticipacion que me sea posible, te avisaré que debes devolvérmela.» Y esa cantidad consistía?...

MAR. En quinientos mil reales, en títulos realizables al portador.

Mig. Y bien! En todo esto, no veo nada que justifique vuestra desgracia.

MAR. Esperad. Han transcurrido tres años desde la fecha de esa carta. Mis negocios, lejos de mejorarse, han caminado de mal en peor; la frialdad que he seguido notando en mi mujer, me ha obligado á hacer grandes desembolsos, inmensos sacrificios, á fin de halagarla; nada he conseguido. Luego... hace un mes he recibido esta otra carta; tomad. (*entregándole la carta que repasaba al empezar el acto.*)

Mig. (*leyendo.*) «Querido Eduardo: Hace tres años «que nos separamos. Te dejé, en calidad de depósito, toda mi fortuna. La suerte me ha sido adversa. Como comprendo que tu posicion habrá mejorado, te suplico dispuesto á devolvérmelos valores que te confíe. Al mes de recibir esta carta, llegaré á Madrid, donde tendrá el inefable placer de abrazarte, tu mejor amigo, Enrique.» Ah! Tal vez no poseéis esa cantidad?

MAR. Qué decis, padre? Queriendo perderlo todo, antes que el honor, he realizado cuanto poseia, y ahí están reunidos los quinientos mil reales de Enrique. que debo entregarle hoy, pues hoy debe llegar.

Mig. Desgraciado! Acaso no os queda?...

MAR. Nada. Mañana la miseria para mí... y para mi familia!...

Mig. Pero Enrique podrá daros un plazo... Tal vez no necesitará todo ese dinero! Quién sabe!... Quizás se encuentre un medio...

MAR. No, padre; Enrique me aprecia demasiado, para que al escribirme de un modo tan terminante, no sea una imperiosa necesidad la que le impulse á ello. Pero... no es esto todo.

Mig. Aun mas desgracias?

MAR. Esta historia habia sido un secreto para Amalia; para ella, mi fortuna era inmensa, inagotable; jamás la he manifestado apuros; cuando me veia gastar por complacerla, me reconvenia, mas yo la hacia creer, que en nada se resentia mi caudal, que era muy rico, y podia atender, sin menoscabo alguno, á todos sus caprichos y necesidades.

Mig. Y ahora?...

MAR. Ahora, mi honor y mi deber no me permitian engañarla por mas tiempo. Cuando he visto próxima la llegada de Enrique, cuando solo faltaba un dia para mi completa ruina, la he llamado, y se lo he confesado todo.

Mig. Y bien, se habrá conformado? Te habrá pres-tado sus consuelos?...

MAR. Nada de eso. Amalia ha escuchado impasible todo mi relato; ha seguido paso á paso mi historia, demostrando una señalada conformidad, la mas glacial indiferencia; pero cuando la he manifestado que hoy debe llegar Enrique, se ha conmovido de tal modo, ha experimentado su naturaleza un cambio tan repentino, que ha sido acometida de un vértigo calamitoso, de un acceso tan extraño, que nos hace temer por su vida.

MIC. Y está?...

MAR. En su habitacion, recostada en su lecho...

MIC. Y los médicos?...

MAR. No ha consentido en ser visitada por ninguno. Desde que ha sido atacada de este mal, solo un afán ha manifestado, en el cual ha insistido durante veinte y cuatro horas...

MIC. Y ese afán?...

MAR. El hablar con vos, padre mio, el reconciliarse acaso con Dios, temiendo quizás su última hora...

MIC. Oh! Y por qué no me habeis avisado desde ayer? Nada, hijo mio, no teneis que afligiros ni desesperaros; yo hablare á Enrique; yo conseguiré de Amalia que se deje visitar por un médico; exigiré de ella una confesion franca y explicita, y Dios me iluminará; él me prestará sus divinos auxilios para sacaros de la terrible situacion en que os encontráis. Me habeis dicho que teneis una hija...

MAR. Una niña de tres años...

MIC. Pues bien, sacrificadlo todo por ella, y no desesperéis. Confíad sobre todo en la misericordia de Dios!

MAR. No sabeis el consuelo que me presta vuestra santa palabra!

MIC. Hacedme conducir á la habitacion de vuestra esposa. *(el Marqués hace sonar el timbre y sale José.)*

#### ESCENA IV.

*Los mismos y José.*

MAR. Conducid al padre á la habitacion de la Señora.

JOSÉ. Venia á deciros, que la señora, enterada de la llegada del Padre Miguel, ha abandonado su lecho, y se dirige á esta habitacion.

MAR. Oh! Salid á su encuentro. Acompañadla. *(vase José.)* Os dejo solo con ella. Dios ilumine vuestra razon y la dé el consuelo que necesita.

MIC. El me ayudará, hijo mio.

*(Vase el Marqués por el fondo; sale José, por la izquierda conduciendo á Amalia, que coloca en una butaca; despues que esta se ha dirigido al Padre Miguel, que le ha salido al encuentro y besándole la mano, José despues de dejarla colocada á una señal del Padre Miguel, se vá por el fondo, cerrando la puerta.)*

#### ESCENA V.

*EL PADRE MIGUEL y AMALIA.*

MIC. Descansad.—Estais fatigada!—Qué teneis?—Tranquilizaos. Os encontráis á mi lado; al lado de la religion.

AMA. Padre mio!

MIC. Qué teneis?

AMA. Voy á morir!

MIC. No penseis en eso; solo Dios, con su infinita sabiduría, es el que puede poner fin á vuestra vida; y él solo sabe si os ha llegado ó no vuestra últi-

ma hora. Por otra parte, las causas que motivan vuestro mal, son pasajeras.

AMA. Cómo! Sabeis!...

MIC. Conozco el motivo que ha dado lugar á ese acceso, mas bien moral, que físico; y por lo mismo, no dudo que desvanecidas las causas, cesarán tambien los efectos.

AMA. Estais en un error, padre mio; no podeis saber...

MIC. Vuestro esposo me ha dicho hace un momento...

AMA. Mi marido!...

MIC. Si, me ha hecho una relacion exacta de los accidentes ocurridos antes y despues de vuestro casamiento; del grave acontecimiento á que estais abocados; y creedme, Amalia, no veo en todo ello una causa bastante justificada para desesperar.

AMA. Mi marido! Mi marido está en un error; no conoce el verdadero motivo.

MIC. Cómo!

AMA. Cerrad las puertas, padre; lo que voy á deciros, solo podeis oirlo vos; solo puede decirse á los piés del confesor.

MIC. Oh! eso ya es otra cosa... *(cierra todas las puertas y vuelve á sentarse, aproximando un sillón al de Amalia.)* Tranquilizaos, y hablad.

AMA. Padre mio, voy á morir!

MIC. Ya os he dicho!...

AMA. Voy á morir; mi mal no tiene remedio!...

MIC. Aclarad ese misterio.

AMA. Padre, yo no amo á Eduardo, no amo á mi esposo!

MIC. Ya lo sabia.

AMA. Lo sabiais?

MIC. El Marqués me lo ha confiado...

AMA. El Marqués sabe?...

MIC. Sabe que os casasteis por conveniencia, y no se queja de vos. Por el contrario, conoce que os habeis sacrificado por él.

AMA. Pero, padre, el Marqués ignora que yo amo á otro hombre!

MIC. A otro hombre! Desgraciada!

AMA. No me acuseis sin oirme!...

MIC. Os escucho.

AMA. Ya sabreis, puesto que mi marido os lo habrá referido, que me casé con él, solo por busear un refugio á mi orfandad. No conocia entonces lo que era amor. Era pobre, muy pobre, y no tenia padres ni familia! Estaba sola en el mundo; sola, y espuesta á los peligros de una juventud, que me hacia aparecer hermosa á los ojos de los hombres! Mil adoradores me perseguian por do quier, adoradores que yo despreciaba, porque era pura, inocente, porque no queria vender mi honor por una posicion menos embarazosa. El Marqués me vió y se enamoró ciegame de mí; admiti su galanteo, en cambio de una solemne promesa de esposo, que no tardó en realizar. Ya os he dicho que no conocia lo que era amor. Por mas que me halagaban los mil placeres conque mi esposo me festejaba; por mas que me envanece la riqueza, el fausto de que me veia rodeada, mi corazon siempre sentia un vacío, una necesidad, una cosa que yo no me explicaba. El Marqués no tenia amigos; solo frecuentaba nuestra casa un jóven; ese jóven era Enrique del Robledo. Poseido siempre de una melancolia que ennoblecia sus facciones, llegó á interesarme su malestar; y un dia, aprovechando la ausencia de mi esposo, le pregunté la causa de su continua tristeza. Enrique,

conmovido, me confió que amaba sin esperanza. Comprendí que su amor era yo la que se lo inspiraba; comprendí que le amaba también, pero con tal frenesí, que no tardé en conocer que aquella pasión era mi ruina. Dios sabe, sin embargo, que nunca he faltado á los deberes de esposa; bien es verdad, que Enrique siempre me ha tratado con delicadeza; por el contrario, dejó de frecuentar nuestra casa, y su amistad entre él y mi esposo se entibió aparentemente. Enrique, lleno el corazón de luto, vino un día á comunicarme su resolución de ausentarse por algún tiempo; le oí con tristeza, pero le dí las gracias; se despidió de mi esposo, y partió.

Mig. La ausencia curaria vuestra pasión?

ANA. Por algun tiempo se apoderó de mí un malestar cruel, que traté de ocultar; después reconcentré todo mi amor en mi hija, y llegué á figurarme que el amor de Enrique habia sido una quimera.

Alg. Y despues...

AMA. Después, su recuerdo siempre molesto, desapareció casi por completo de mi imaginación. Pero ayer me llamó mi esposo; me hizo una descripción de nuestro estado ruinoso; me confió la noble acción de Enrique, entregándole su caudal; y me anunció, en fin, que nuestro bienhechor debía llegar de un momento á otro, viéndose en el deber de devolverle sus quinientos mil reales, para lo cual había realizado cuanto nos pertenecía. En adelante, la miseria y la desgracia eran nuestro porvenir; y esta impresión ha sido para mí tan fuerte, que ha descompuesto todo mi ser; conozco que no se ha extinguido mi amor hacia ese hombre; creo, por otra parte, que reclama sus fondos por vengarse de mi desvío, y en esta lucha, comprendo que me va faltando la razón, que la calentura me abrasa, y que voy á morir!

to desconfiais de la misericordia divina. El mal es grave, lo conozco; pero una vez tendida, puede curar vuestro mal. Si no hacéis penitencia, yo os la impondré; sea el amor a vuestra hija. Pensad en ella, en su porvenir, en los generosos sacrificios que vuestro esposo ha hecho por conquistar ese cariño, que tan injustamente le negais. Perseverando en este camino, á vos os dará la salud del cuerpo y la del alma, y á vuestro esposo y vuestra desgraciada hija, la felicidad.

MA. No, padre mio, no. Yo amo á mi hija; pero este amor no es bastante á mitigar la devoradora pasión que abrasa mi pecho; y esta pasión, que destruye mi ser, que lo embrutece, lejos de acercarme á mi esposo, me aparta cada vez mas de su lado. *(el Marqués abre la puerta secreta; al oír las últimas palabras, se detiene y escucha.)* Su presencia es para mí un martirio insufrible, porque me arroja al rostro mi delito; y el castigo de mi delito, es la muerte.

ESCENA VI.

*Los mismos, y el MARQUEL.*

MAR. No, Amalia; tu marido te compadece, y te perdona!

—Ana, Padre, nos escuchaba!

Mo. Què imprudencia!

MAR. Lejos de ser así, es una lección saludable para el porvenir. Tranquilizaos, Amalia; vuestro esposo conoce sus deberes, así como ha conocido, aun-

que tarde, su culpa; esta consiste, en haber violentado vuestro corazón, exigiendo un amor que no sentia, que no podia sentir. Vivid, Analia, vivid, puesto que á pesar de todo, habeis sabido respetar el honor de mi nombre; vivid, y mañana, cuando se haya tranquilizado vuestro espíritu, una separacion pondrá término á tan horrorosa situación.

ANA. Eduardo, no creais...

MAR. Basta, señora. Habeis confesado vuestro amor á otro hombre; amadle en hora buena; pero ni profaneis con ese amor la morada del esposo, ni emponzoñeis con él las caricias de la madre.

AMA. Qué quereis decir?...

MAR. Que al separaros de mí, vuestra hija no podrá permanecer a vuestro lado.

Аня. Аһ!

Mig. Hijos míos! El tierno lazo que ha de uniros de nuevo, que no debeis pensar en romper, es esa inocente eriatura; pensad en ella; no labreis su desgracia; ella no es culpable.

MAR. Ni una palabra más!...

AMA. Dios mio, Dios mio!

ESCENA VII.

*Los mismos, ENRIQUE y JOSÉ al foro.*

José. Entrad! Mi amo se encuentra en esta habitación.

MAR. Quién! Enrique!... (con sorpresa y cólera.)

ENR. (viniedo á abrazar al Marqués, y conteniéndose al ver la actitud de este.) Mi querido Eduardo!

AMA. Cielos!... él!... yo muero!... (cayendo desmayada.)

Mig. (Hamando) Aoudid bedvo:...

ENR. (Qué es esto?)

MAR. (*á los criados que salen.*) Conducidla á su habitacion. Vos, Enrique, esperad.

(Estos bocadillos deben hablarse casi á la vez. Al ser acometida Amalia de su accidente, y á la voz del Padre Miguel, acuden dos criados, que en union de José conducen á Amalia en el mismo sillón donde se encuentra, á la habitación de la izquierda. El Padre Miguel entra tambien.)

ESCENA VIII.

*El MARQUÉS y ENRIQUE.*

Mar. Caballero, he recibido vuestra carta.

Enn. Esa carla...

Man. Ha venido á recordarme, que soy vuestro deudor por valor de quinientos mil reales, que debía reintegraros á vuestra primera indicacion...

ENR. Pero...

MAR. Ahí teneis la suma que os adeudo. (tomando de la mesa un paquete cerrado y entregándoselo.)

ENR. Eduardo...

MAR. Ni una palabra más sobre este punto. Ahora bien, á la vez sois mi deudor, y espero que con la misma puntualidad que os he pagado, me pagareis á mí.

ENR. No comprendo...

MAR. El mayor infortunio de cuantos me rodean, os lo debo à vos!...

ENR. Explícaos, por favor!...

MAR. Sé que amais à mi esposa, y que ella os corresponde!...

ENR. Eduardo, os juro!...

MAR. Comprendo lo que vais á decirme; que ese amor ha vivido oculto en el fondo de vuestros corazones.

nes; que no ha profanado el lazo que nos unia... No importa; para que uno de los dos podamos estar en el mundo, sobra uno en él. Partamos cuando gustéis.

ENR. Oh! Pero yo necesito que me escuchéis, Eduardo. Por nuestra antigua amistad, por nuestro cariño de hermanos...

MAR. Teneis miedo tal vez?

ENR. Miedo!

MAR. Entonces, salid; porque si no salís pronto, os obligaré hasta el punto de escupiros en el rostro...

ENR. Eduardo! *(fuera de sí.)*

MAR. Veo que al fin nos entendemos. Salgamos...

ENR. Salgamos. *(al ir á salir por el foro, el Padre Miguel aparece por la izquierda. A su voz ambos se detienen.)*

## ESCENA IX.

*Los mismos, y el PADRE MIGUEL.*

MIG. Deteneos, desgraciados! No profaneis de ese modo la morada de la muerte!

ENR. Qué decís?...

MAR. Amalia?...

MIG. Descansa en la mansión de los justos, después de haberla perdonado en nombre vuestro.

MAR. Padre!

MIG. Dios manda que perdonemos! Dios es misericordioso y clemente; tú no puedes dejar de serlo!

MAR. Amalia! muerta!

ENR. *(adelantándose hacia el Marqués, como en señal de reconciliación.)* Eduardo!...

MAR. *(serenamente.)* Partid, caballero, partid.

ENR. Pero...

MIG. *(suplicante.)* Partid, Enrique. *(el Marqués ha caído anonadado en un sillón. Enrique vá á salir, pero vacila, se detiene y al fin se decide y parte. El Padre Miguel acude en socorro del Marqués.)*

## FIN DEL CUADRO PRIMERO.

## CUADRO II.

Panteon del Cementerio de San Nicolás en Madrid. Algunos sepulcros repartidos por la escena; cipreses, etc. Un sepulcro á la derecha, donde estará colocado el ataúd de Amalia. A la izquierda una verja que sirve de entrada al Cementerio. En el mismo lado, en segundo término, entrada á una habitación. Es de noche. Al levantarse el telón, Roque dormirá recostado sobre un banco de piedra, colocado junto á la verja; á sus pies una linterna encendida; herramientas de albañilería y un manojo de llaves. Se oye lejano el ruido de la tormenta, y se dejarán ver algunos relámpagos.

## ESCENA PRIMERA.

ROQUE, solo.

*(Después de una pausa.)* Aaah! *(bostezando.)* Me había dormido!... Miserable humanidad!... Mientras la mayor parte de mis semejantes se solazan en el festín de la orgía, donde la tormenta apenas se escucha, yo, infeliz! duermo tranquilamente en la sombría y lúgubre morada de los muertos! Qué me importan sus placeres? Tanto mejor para ellos!... Nací pobre, y extraño á esa mentida pom-

pa de un mundo engañoso; ajenos á ese oropel menudado, que emponzoña cuanto toca!... Nací despreciado de los hombres, olvidado de ellos; sin padres... sin hermanos... sin amigos... sin otras afecciones que un pedazo de pan duro, y un lecho de paja, menos grato que este banco de piedra, donde tranquilamente duermo, como guarda de tan solitario albergue, resto de la verdad, de la misera verdad de nuestra vida! *(pausa.)* El mundo! Qué es el mundo para el que no posee riquezas? Por eso quiero odiarle, ya que me arrojó en su seno, para que soporte una existencia oscura, sin otro consuelo, que el que puede adquirirse al pie de los sepulcros. Mis amigos son los muertos; ellos mis riquezas, los compañeros de mi infortunio; velemos por ellos. *(vuélvese á recostar, y duerme, mientras se repiten con mas fuerza los truenos y los relámpagos.)*

## ESCENA II.

*El mismo, ENRIQUE en la verja, cubierto con capa.*

ENR. Sí; este es el Cementerio de San Nicolás... La verja se encuentra cerrada... Sobre aquel banco, á la opaca luz que despidе la linterna, se distingue un hombre... Llamaré... Eh! buen hombre!

ROQ. *(despertando.)* Eh! Quién llama?

ENR. Aquí, en la verja...

ROQ. Quién será? Me pareció oír... Bah!... Soñaba...

ENR. No responde?... *(golpeando.)*

ROQ. *(observando.)* Sí, no hay duda! Un bulto se descubre tras de la verja!... A estas horas!... Quién podrá ser?... *(se levanta, toma la linterna y reconoce.)* Eh! Buen amigo! Qué se ofrece?

ENR. Sois el guarda de este Cementerio?

ROQ. Soy más; á la vez, desempeño el oficio de sepulturero.

ENR. Decid, tendríais algun inconveniente en permitirme la entrada?...

ROQ. Estraña pregunta! Entrar? Vaya una visita! La noche está á proposito... Y sobre todo no sabeis que á estas horas está prohibido el entrar?

ENR. Sin ninguna escepcion?

ROQ. En cuanto á eso... al menos que...

ENR. A menos que hubiese una persona que tuviese gran empeño en entrar, y que trajese esta contrasena... *(entregándole un bolsillo, que Roque recoge y hace sonar.)*

ROQ. *(Es particular!)* De manera... que...

ENR. Me abrireis?...

ROQ. Teneis tal empeño! Esperad. *(Qué será esto?)* *(toma las llaves; abre la verja y Enrique entra.)* Vamos, ya estais dentro.

ENR. Dejádme descansar un momento... *(dejánlose caer sin aliento en el banco de piedra.)*

ROQ. *(Qué misterio! En fin, si paga...)*

ENR. Decidme, amigo mio; hoy han sepultado aquí un cadáver?...

ROQ. Han sido muchos... La zanja ya se vá haciendo estrecha para tanto pobre... Oh! Los pobres son los que con mas frecuencia vienen á descansar aquí...

ENR. No se trata de eso...

ROQ. Entonces...

ENR. Se trata de una mujer hermosa...

ROQ. Una mujer hermosa! Para la muerte, la hermosura es una cosa bien poco respetable. Ante ella todos somos iguales...

ENR. Escusad digresiones, y responded.

ROQ. Mal humor traéis!

ENR. Soy rico!

ROQ. Entonces, se explica la causa de vuestro disgusto.

ENR. Mirad que puedo hacer vuestra fortuna!...

ROQ. Mi fortuna! Hablad.

ENR. Hoy han dado sepultura aquí, al cadáver de una mujer hermosa.

ROQ. Si será... solo una mujer de categoría ha venido á visitarme!...

ENR. Y se encuentra?...

ROQ. En ese sepulcro... Mirad. (*señalando el de Amalia.*)

ENR. Dios mío! Amalia! Amalia!

ROQ. Justo; ese es su nombre!

ENR. Por dónde sabéis?...

ROQ. Me habeis dicho que hareis mi fortuna; y aun cuando esto no sea muy verosímil, siempre encierra una esperanza halagüeña!...

ENR. Si os prestais á secundar mis planes, podeis ganar en una noche, lo que acaso no ganareis en vuestra vida.

ROQ. Pues bien; si os he indicado su nombre, es porque ese cadáver ha sido visitado ya esta noche por un caballero, á quien acompañaba una niña de corta edad.

ENR. Será posible?

ROQ. Y lo es tanto, que al ir á cerrar la verja, me suplicó con las lágrimas en los ojos, que me detuviese por algunos momentos; añadiendo, que queria derramar algunas lágrimas al lado del sepulcro de la mujer, á quien aun despues de muerta, amaba con delirio. Soy poco fácil de enternecer, porque mi corazon es de roca; pero os aseguro, que al ver un señor tan bien portado, llevando en sus brazos una preciosa criatura, á la cual besaba con efusión, me sentí, al despreciable sepulcro, profundamente conmovido. Llegó hasta aquí; oró, luego se volvió á la niña, que parecia ser su hija; me dió una moneda de oro, y partió, no sin dejar de volver la vista repetidas veces, hasta desaparecer á lo largo del camino, que conduce á Madrid.

ENR. Si, es verdad; ese hombre amaba mucho á esa mujer... pero yo la amo aun mas.

ROQ. Y bien, venís como él á orar?

ENR. No, yo necesito otro consuelo, porque os he dicho, que la amo mas que ese hombre; vengo á verla!

ROQ. A verla!

ENR. Sí.

ROQ. Eso es imposible!

ENR. Ante el poderoso talisman del oro, nada se resiste, y os acabo de decir que soy rico!...

ROQ. Y á mí, qué me importa? Diablos! Dejaria de ser sepulturero y guardá del Cementerio, si mañana llegara á desenterrarse!...

ENR. No nos queda otro camino.

ROQ. Señor mío, portáis en vano. Ya os he consentido la entrada, con lo cual he faltado á las órdenes que se me tienen dadas. Hemos concluido; os podeis marchar.

ENR. Pedid el precio que gustéis.

ROQ. Ninguno.

ENR. (*con intencion.*) Es que vengo resuelto á todo!...

ROQ. Y qué me queréis decir con eso?

ENR. Que estais solo, y que sabré obligaros si no accedeis!...

ROQ. Vamos, caballero; por muy resuelto y armado que vengais, nada obtendreis de mí!... Yo tambien tengo armas, y!...

ENR. (*desesperado.*) Dios mío! Y he de partir sin verla? He de alejarme para siempre de estos sitios, sin darle el ultimo á Dios?

ROQ. Pues señor, esto es particular! Hablais de ese cadáver como si se tratase de una mujer que estuviese llena de vida!

ENR. Oh! Vos no comprendéis los terribles arcanos del corazon! No podeis adivinar, hasta donde arrastra un amor desventurado, seguido paso á paso desde el imposible hasta la tumba!

ROQ. (Es que... si no fuera... perder en un momento!...)

ENR. Decidíos, buen hombre; poned precio á vuestro servicio!...

ROQ. Habeis dicho que queriais!...

ENR. Ver el cadáver un solo momento.

ROQ. Nada mas que verlo?

ENR. Nada mas.

ROQ. Es particular! Y qué me dareis por eso?

ENR. Lo que querais.

ROQ. Cuándo?...

ENR. Ahora mismo. Tomad; ved si os satisface lo que contiene esa cartera... (*le entrega una cartera que Roque abre y reconoce á la luz de la linterna.*)

ROQ. Demonio! Letras al portador!

ENR. Aceptais?

ROQ. Acepto; pero con una condicion.

ENR. Hablad.

ROQ. Que yo he de presenciar!...

ENR. Como querais.

ROQ. En ese caso... andando.

ENR. Amalia, voy á disfrutar de tu presencia, cuando ya no pertences á otro hombre; cuando solo perteneces á Dios! (*Roque toma algunas herramientas de albañilería y la linterna y se dirige al sepulcro donde está Amalia.*)

ROQ. Os advierto que yo solo no puedo; es necesario que me ayudeis.

ENR. Oh! Sí. (*entre los dos hacen algunos esfuerzos, auxiliándose con picos y palanquetas, hasta conseguir levantar la losa que cubre el sepulcro.*)

ROQ. Ya está. Este es el ataúd!...

ENR. Es necesario abrirlo!...

ROQ. Cómo?

ENR. De la misma manera!...

ROQ. Habrá que romper la tapa!

ENR. Qué importa?

ROQ. Es que!...

ENR. Doblaré la cantidad.

ROQ. Adelante. (*repiten la operacion hasta hacer saltar los goznes de la tapa del ataúd. Descúbrese el cuerpo de Amalia.*)

ROQ. Listo!

ENR. Alumbra! (*Roque deposita la linterna sobre el sepulcro, colocándola de modo, que el reflejo de la luz hiera el rostro de Amalia. Despues se retira á un extremo.*)

ROQ. (Tenia razon; es hermosa!)

ENR. Dios mío! Y la he perdido para toda una eternidad!

ROQ. (En qué vendrá á parar esto?)

ENR. Amalia, permite que mi voz profane el hígubre silencio de tu última morada! Permite que el recuerdo de un amor sin esperanza, de un amor que



## El sepulturero del cementerio de San Nicolás.

tú correspondías en silencio, sea la última ofrenda de mi eterno cariño! Permite que derrame una lágrima sobre tu sepulcro, que mis parpados rieguen tu helado rostro; que mi boca estampe un beso sobre tu mano... (*va á ejecutarlo y retrocede horrorizado.*) Dios mío!... Qué es esto?... Oh!... No es ilusión!...

Rog. Qué!

Enr. Acercaos!...

Rog. Qué es lo que pasa?

Enr. Que al ir á posar mis labios sobre su mano, un extraño calor me ha hecho retroceder! (*reconociéndola.*) Oh!... sí!... no cabe duda!... Su corazón late, aunque débilmente!... Un sudor copioso baña su frente!... Dios mío! Es esto realidad, ó es una fantasía, una vana quimera de mi cerebro!... (*cae desvanecido.* Entre tanto, Roque inspecciona el cuerpo de Amalia.)

Rog. No, no es ilusión! Esta mujer no está muerta! Vive todavía!... Esto es atroc!... Yo que no he temblado nunca, me conmuevo á la vista de tan extraño espectáculo! Eh! Levantaos... Volved en vos. (*á Enrique*)

Enr. Perdonad! Mi razón se estravía á la vista de un dolor tan profundo! Yo amaba con delirio á esa mujer, y á su vista creo convertirse en realidad, las dulces ilusiones de mis sueños!

Rog. No os habeis engañado!...

Enr. Qué decís?

Rog. Que su corazón late; que su pulso, aunque débil, se altera; que el sudor que corre por su rostro, no es una ilusión!...

Enr. Dios mío! Será cierto?

Rog. Sí, no cabe duda; esta mujer está viva! Cabañero, es preciso que salgais inmediatamente; no puedo permitir que permanezcáis un momento más. Voy á cerrar el Cementerio, y á dar parte á la justicia!...

Enr. No, deteneos!...

Rog. Es preciso; mi deber lo ordena!...

Enr. Vuestro deber!

Rog. Qué intentáis?...

Enr. Os lo voy á decir; esta mujer no pertenece al mundo! Esta mujer me amaba... mas aun, me ama todavía, y es preciso salvarla!...

Rog. No comprendo!...

Enr. En una palabra; esta mujer, al volver de su letargo, si dais parte á la justicia, vá á encontrarse en los brazos de un hombre á quien aborrece, y esto ocasionará, ó su muerte instantánea, ó su eterna desesperación! Si me prometeis guardar este secreto, oh! entonces... ella y yo os deberemos la felicidad!

Rog. Mirad que eso no puede ser!...

Enr. Os he dicho que soy rico, y que estoy dispuesto á todo! Pues bien, saquémosla de aquí; evitemos que despierte, y se vea depositada en un ataúd! Vos tendréis una habitación, un lecho... saquémosla, y depositémosla en él... Después... yo partiré á Madrid; antes de veinte minutos estoy de vuelta, provisto de una gruesa suma que tengo disponible; y en el mismo carruaje que me ha conducido aquí, que me espera á pocos pasos, huiré con ella. Si vos, temeroso de que os puedan descubrir, quereis partir conmigo, os pondré en lugar seguro; os daré oro, lo suficiente á remuneraros este servicio; servicio que vale para mí un mundo de felicidad! Si quereis permanecer aquí, si no quereis huir con nosotros, cerrad ese sepulcro; depositad

en él un cadáver cualquiera, os recompensaré del mismo modo. Seréis rico, feliz, y yo... Oh! yo enloqueceré de amor y de alegría!...

Rog. Mirad que!...

Enr. Nada me repliqueis! Vedme á vuestros pies; ved al que jamás conoció la humillación, postrado á los pies de un sepulturero!

Rog. Levantaos, caballero!... Demonio! Me habeis conmovido! Andad! Volved al momento! Yo hasta solo para sacar de aquí á esa mujer!... Entre tanto, traed ese dinero y ese coche... partítemos juntos!... Qué diablos! No sé si partiré ó si... en fin, no perdáis tiempo!... Vamos!

Enr. Dios mío! Cuán justo y misericordioso sois. (*rase precipitadamente.*)

## ESCENA III.

Roque, solo.

(*Queda un momento pensativo.*) Dicen que la fortuna no es para buscada... y en verdad que tienen razón! Hace una hora renegaba del mundo, y he aquí que el mundo, en cambio, se preparaba á darme una grata sorpresa!... Ea, pues, Roque; en qué te paras? Aprovecha este negocio, que no se presentan en la vida muchos de esta clase! (*llegando al sepulcro de Amalia y reconociéndola de nuevo.*) No cabe duda, está viva! Su corazón late cada vez con mas fuerza, y sus mejillas están bañadas de un vivo carmin... Caramba, y es hermosa!... Oh! Cuán felices son los hombres que nacen ricos!... Ellos pueden amar!... Ser amados!... Nosotros, los pobres... Cuánta felicidad debe respirarse al lado de una mujer como esta! Verse amado de un ser tan angelical!... De una divinidad de la tierra!... (*pausa.*) Y yo!... Condenado á vivir una vida oscura! Sin afecciones, sin un ser que me acaricie! Miserable condición la humana! Ahora, no sé lo que siento aquí... en el pecho... Desde que he visto el rostro de esa mujer, me parece que mi ser se regenera... que mi cabeza se abrasa... que mi corazón palpita de un modo desconocido; en fin... que creo estoy enamorado!... Quimera!... Ilusión!... Y con qué derecho?... Qué otra cosa soy, sino el sepulturero del Cementerio!... Y qué! Acaso bajo este mugriento traje, no late un corazón tan sensible como el de todos los hombres? Acaso Dios ha privado al pobre de tener sentimientos mundanales? No! Mi corazón siente, mi corazón se agita, mi corazón adora á esa mujer! Con ella, la felicidad, la vida; sin ella, la desgracia la desesperación, la muerte! (*pausa.*) No puedo mirarla sin conmovirme!... Dios mío! Qué es esto?... Y ese hombre vá á venir!... Se la llevará!... y disfrutará de su amor!... Y yo... Son celos?... Creo que sí... La vista de esta mujer, me enloquece... el recuerdo de ese hombre, me lastima... (*queda un momento pensativo.*) Si, yo amo á esa mujer... Ese hombre vendrá... traerá sobre sí un tesoro para huir con ella... Ese tesoro y esa mujer pueden ser míos!... Oh! es preciso!... Los celos me devoran! Necesito el amor de esa mujer, y mucho oro para huir con ella, para poseerla... Ese hombre es forzoso que desaparezca... Aquí no hay mas que cadáveres!... los muertos... no hablan!... Su mismo carruaje me conducirá... sus ropas reemplazarán estos harapos... Después... yo me haré amar de ella... Siento ruido... se oye parar un coche... se escuchan las pisadas de un hombre!... Sí, él será... Aquí... es-

peremos!... (se parapeta tras la verja puñal en mano, al entrar Enrique, le hiere.)

#### ESCENA IV.

ROQUE y ENRIQUE.

ENR. (entrando con precaución.) Eh! Buen hombre! Estais ahí? (Roque le hiere y cae.) Oh!... maldición!... Me ha... muerto!...

ROQ. Ya no es posible retroceder! (dándole algunas puñaladas inciertas, como para asegurarse; despues registra sus bolsillos.) Una cartera!... Un bolsillo!... Papeles!... Este es mi tesoro! Ahora saquemos á esta mujer de aquí, y completemos mi obra!...

#### FIN DEL PRÓLOGO.

### ACTO PRIMERO.

Patio de una hacienda de labor. Cajonería amontonada en varios puntos. Puerta ó verja al foro que dá al campo, y dos laterales á la izquierda, que conducen al interior.

Benjamin y varios esclavos negros trabajan con actividad, unos arreglando y otros precintando la cajonería.

#### ESCENA PRIMERA.

TOMÁS, BENJAMIN y esclavos.

TOM. Vamos, en qué os deteneis? Ya sabeis que nuestro amo, el señor Roque, desea quede embalado el cargamento de añil, que ha de conducirse á España en el bergantín Amalia, que está para darse á la vela de un momento á otro... Nada, nada, no os que detenerse! Voto á bríos! Demonio de arañal, ¿ver, tú, perezoso! Qué haces ahí para... (in.)

BEN. (in.)... (titubel del que padece alguna dolencia.) Nada, señor... si voy ya... si voy ya!...

TOM. Se me acababa la paciencia con estos miserables!

BEN. Mucho trabajar el que manda!

TOM. Me replicas! (amenazándole con el látigo.)

BEN. No... no... perdon! Es que... mire su merec... yo estoy malo!... yo tener calentura!... Haber estado al sol todo el día!... No poder mas!... No poder mas!...

TOM. Insensato! Piensas que he de creerte? Toma, para que cures de tu dolencia! (le dá algunos latigazos.)

BEN. Ay, señor! Por Dios! No pegar al pobrecito Benjamin! Estar malo!... Muy malo! Vá á morir-se!...

TOM. Toma y calla! (descargándole.)

BEN. Oh! no poder mas! (dejándose caer casi exánime, á cuyo tiempo aparece Amalia.)

#### ESCENA II.

Los mismos y AMALIA.

AMA. Qué es eso? Deteneos! Por qué castigais tan cruelmente á ese infeliz?

TOM. Señora, esta canalla necesita se la trate así.

AMA. De ningún modo! Ya en otra ocasión os he convenido por vuestra crueldad con estos desgraciados. Que no tenga que repetir la misma reconvencción!

TOM. Señora!...

AMA. Callad, y retiraos.

TOM. (Me humilla á su presencia!) Es que...

AMA. Ya he dicho que so marchéis. Y vosotros, acudid, socorred á ese infeliz.

TOM. (al marcharse.) Me despides teniendo la confianza del amo, á quien tu aborreces! Ah! Yo te juro!... (vase. Los negros acuden en socorro de Benjamin. Le rocían en el rostro algunas gotas de agua, hasta hacerle volar en sí.)

#### ESCENA III.

Los mismos, excepto TOMÁS.

AMA. Qué tienes. Benjamin? Habla, por qué te ha tratado ese hombre con tanta dureza?

BEN. Ah! señora! yo trabajaba mucho... mucho... Luego, el sol quemaba... Mi cabeza se ponía mala, y no podía trabajar... Quería descanso... Entonces, el señor Tomás no querer creerme... Ver que no trabajaba, y pegarme...

AMA. Ese hombre es muy cruel con vosotros; vamos, llevadle; hacédle que se acueste... (Que venga un médico al momento. No tienes madre, Benjamin?)

BEN. No señora! No haberla conocido! Me trajeron chiquito, en un barco!... El amo quererme mal, porque decir que yo ser flojo para el trabajo, y el Señor Tomás, castigarme mucho!

AMA. Pobre Benjamin! Pues bien, vé, desde hoy nada tienes que temer... Yo seré tu madre desde este momento. No trabajarás; te daré educación, y puede que algun día me seas útil.

BEN. Ah! señora! (Se arroja á la besa la mano; ella le levanta.)

AMA. Bien, basta! La recompensa de mis favores quiero verla en tu aplicación, en tu adhesión hacia mí.

BEN. (Muy contento.) Oh! Qué ama tan buena! Ya sentirme mejor!

AMA. El amo llega!

BEN. (Quejándose con exageración.) Ay!... ay!...

#### ESCENA IV.

Dichos y ROQUE.

ROQ. Qué es esto? Así se abandona el trabajo? Qué hacéis ahí?

AMA. No os incomodeis! Culpadme á mí, no á ellos...

ROQ. Pues, qué ocurre? Ya sabeis, señora, que no gusto de holgazanes á mi lado!

AMA. Os he dicho que yo sola soy la culpable! Creí que esto bastaría para aplacar vuestro enojo!

ROQ. (Reprimiéndose.) Teneis razon, soy un atolondrado! Pero como esta gente es casi indómita, se necesita con ella de mucho rigor... Y bien, decidme la causa...

AMA. Vuestro capataz es muy cruel! Ha castigado con dureza al pobre Benjamin, que se halla enfermo... y á no venir yo...

ROQ. Si el castigo ha sido grande, no por eso habrá sido menor su culpa.

AMA. De cualquier modo, ya os he dicho repetidas veces, que el castigar del modo como aquí se acostumbra á nuestros semejantes, me horroriza. Harto desgraciados son estos infelices, en sufrir el infame sello, el tiránico yugo de la esclavitud.

ROQ. Señora! Ved que os escuchan.

AMA. Y qué importa? Cuando el corazón habla á la humanidad, todos deben escucharlo. Desde hoy acójelo bajo mi protección á estos desgraciados, he pro-

metido á Benjamin ser su madre; creo que no me lo impedireis!...

Rog. Señora!...

AMA. (Con superioridad.) Creo que no me lo impedireis. Obedeced cuanto os he ordenado; (a los esclavos.) haced venir al médico; que se faciliten á Benjamin cuantos medios sean eficaces para su curacion. Yo cuidaré de lo demás. . . En cuanto á vuestro capataz, hacedle ser mas compasivo, ó me veré obligada á suplicaros, que os priveis de sus servicios.

Rog. (Esta mujer es de hierro!) Marchaos. (A los esclavos que se llevan á Benjamin.)

## ESCENA V.

Roque y AMALIA.

Rog. Hacedis bien, señora! Delante de mis esclavos de todo el mundo, no escusais nunca la ocasion de sonrojarme! Todos mis deseos, aun los mas frivolos, se ven contrariados por vos. Hacedis comprendido el dominio que ejerceis sobre mi corazon, y os gozais en mortificarlo! Creéis de este modo hacerme desistir de mis propósitos! Estais en un error!... Nunca, jamás lo conseguireis!...

AMA. Porque lo comprendo, no querais tambien privarme del inefable placer que experimento, haciendo bien por mis semejantes.

Rog. Sea como querais. Y ya que hemos encontrado ocasion de reanudar un dialogo tantas veces interrumpido, hacedme al menos el favor de que esta vez se prolongue cuanto sea necesario.

AMA. Os concedo esa merced, en gracia á la que vos acabais de concederme, permitiendo adopte como hijo, á ese pobre esclavo. Ya comprendereis cuánta será la emulion que experimentaré mi pecho, al oír pronunciar el dulce nombre de madre; de madre, que vos me habeis impedido ser, que me lo impedís aun.

Rog. Señora, os he repetido diferentes veces, que estais en un error, error del cual no me habeis permitido os saque, oponiéndos á una explicacion de los hechos que han ocurrido durante nuestra vida.

AMA. Direis mejor, despues de mi muerte.

Rog. Como querais!

AMA. Pues bien: hoy un presentimiento sobrenatural, las continuas palpitaciones que agitan á mi corazon, me hacen prever que un gran acontecimiento se nos prepara. Esta noche he soñado cosas horribles! La sombra de un hombre, con aspecto amenazador, me pedia cuenta de mi proceder; una inocente niña se precipitaba sobre mí, interponiéndose á mi paso, y con voz temblorosa, pero robustecida por el imperio de la razon, por el despecho del aborrecimiento, me gritaba: «Tú eres mi madre! Pues bien, madre, maldita seas!» Y el hombre entonces, me miraba y se roneia, y en su roneia se deseubria el sarcasmo del esposo desesperado, cuyo corazon he hecho pedazos, victima de un cruel desengaño, de unos celos terribles, que me repudiaban de su lado. Yo queria abrazar á aquella niña; y «maldita seas, madre», me repetia sin cesar. Y yo, convulsa, cadavérica, tambien sonreia y lloraba, como ahora sonrio y lloro; y al volver el rostro, huyendo de aquellos dos seres, me encontraba con el vuestro, con esa fria sonrisa, que á todas horas me repite: «es mi voluntad; mi voluntad es de hierro; mi voluntad te aparta del cariño de tu hija, ó mia ó del »sepulcro!»

Rog. Y bien, Amalia, teneis razon: descorramos de

una vez el tupido velo que cubre nuestra funesta historia. Que os amo con todo el frenesi de un cerebro enloquecido, no podeis ni por un momento dudarlo! Hace catorce años que os amo! Catorce años de una existencia efimera, sin esperanza! Catorce años de un suplicio horroroso, que me es imposible soportar por mas tiempo! Cuantos esfuerzos, cuantos medios han estado á mi alcance para aparecer á vuestros ojos menos feroz, menos odioso; para hacerme digno de un átomo siquiera de esperanza, ya que no de amor, todos han sido infructuosos. Siempre habeis contestado á mis amorosos halagos con la hiel de vuestro eterno desprecio; habeis intentado arrebatarnos la existencia, y solo un recuerdo para mí desconocido, os ha detenido en vuestra carrera de destruccion. Qué os he hecho para que seais tan ingrata? Qué, misero de mí, para seros tan aborrecible!

AMA. Os lo he dicho, Roque; tengo en el mundo deberes sagrados que cumplir; tengo un esposo. . .

Rog. A quien aborrecéis. . .

AMA. Pero que sin embargo, es digno de mi cariño! Tengo una hija!...

Rog. Señora, permitid que dude de vuestras palabras.

Vos no amais á vuestro esposo! No quereis cumplir esos deberes que decís. Y en cuanto á vuestra hija. . . ya os he dicho, que una vez siendo vuestro marido, yo velaria por ella, hasta conseguir algun dia traerla á vuestro lado.

AMA. Ilusiones no mas! Roque, yo soy una mujer criminal en el hecho de no amar á mi esposo! Creéis que habia de consentir, despues de haber despedido su corazon, hacer cenizas los ensueños dorados de un padre? Jamás!

Rog. Pues bien, señora, continuad acariciando tan dorados ensueños. Catorce años han pasado sin que sepais de ellos; y pasareis el resto de vuestra vida sin que experimenteis el placer de abrazar á vuestra hija! Y no intenteis apartaros de mí, ni hacer investigaciones sobre tan queridos objetos, porque ya lo sabeis, donde quiera que marcheis, cualquier tentativa que hiciéreis en contra de mis deseos, seria victima vuestra hija; vos misma seriais objeto de mi terrible venganza! Desde hoy todo cambia entre nosotros. Ya no será el amante tierno, seducido por el atractivo de vuestros encantos; será el tigre feroz, que viendo en vos su presa, se ceba, en ella, para destrozarla. No seréis, como hasta aqui, la dueña, la soberana de vuestros caprichos y de mis acciones; seréis considerada como la mas miserable, como la última de mis esclavas!

AMA. Lo veis, Roque? Me pedís un amor imposible! Las fieras no pueden ser amadas de los seres racionales.

Rog. Teneis razon! Soy una fiera, señora; pero vos sois la causa de ello! . . . Porque los celos embrutecen el corazon del hombre, hasta reducirlo al miserable estado de ser irracional.

AMA. Los celos! (ruido de tormenta lejano.)

Rog. Si, Amalia; ya no puedo ocultarlo por mas tiempo; vos no amais á vuestro esposo, ni estimais esos deberes, que tanto quereis hacer valer para conmigo. Vos no amais tampoco á vuestra hija, á quien quereis hacer servir de barrera contra mi desenfrenado amor. Mentira, y mil veces mentira! Una pasion escondida en vuestro seno. . .

AMA. Una pasion!...

Rog. Si, el recuerdo de un hombre!...

AMA. Os engañais!...

Rog. Ya lo sé; es vuestro secreto! Pero vos ignorais que conozco á fondo ese secreto, que por eso estoy celoso, y que me convierto á veces en una fiera!...

AMA. Quién os ha dicho?...

Rog. Quién me lo ha dicho? Él, señora; él, que también os amaba con todo su corazón! Él, á quien no volveréis á ver, por cuyo amor habeis conservado la vida á mi lado, porque esperabais verle algun día, encontrarle en vuestro camino! Ved si tengo razon en ser una fiera para con vos!...

AMA. Es que yo no os he dicho!... Explicaos!

Rog. Sí, ya es tiempo, porque nada puedo esperar de vos, y mi revelacion es mi venganza. Era una noche oscura, tormentosa, horrible; vos habitabais en la morada de los muertos; vuestro lecho era una tumba! Un sepulcro! Habiais muerto para el mundo, para vuestro esposo, para vuestra hija... Un hombre... Vuestro amante vino á arrebatáros de los brazos de la muerte; entonces mi corazón se sintió impelido por un fuego jamás sentido, y mientras aquel hombre preparaba los medios de llevar á cabo vuestra fuga, mi cerebro enloquecido, miraba á favor de los rayos de una linterna, vuestra belleza; y entonces...

AMA. Acabad!...

Rog. No pudiendo acallar los latidos de mi corazón, llevé la mano á mi pecho para comprimirle, y tropezé con el filo de un puñal!...

AMA. Y bien! (con ansiedad.)

Rog. Pues qué, no adivinais?... (con calma.)

AMA. Le heristeis!...

Rog. Sí, le maté. (con aplomo.)

AMA. Oh! (Queda anonadada. Un momento de silencio.)

Rog. (con sonrisa convulsa, poco glacial, vuelve á reanudar el diálogo.)

Rog. Acariciad vuestras esperanzas, señora! (con desolación.) Perded de una vez la vuestra, y de una vez habeis destrozado la mía!

AMA. ¿Y yo, qué soy yo?

Rog. ¿Y yo, qué soy yo? Soy una fiera! Qué me importa? También las fieras aman; también mueren de celos, como yo muero ahora!

AMA. (con desesperacion.) Pero vos, quién sois?... Decis que erais el soberano de aquellos lugares!... Que mi lecho era un sepulcro, que Enrique habia llegado para arrebatarme de los brazos de la muerte!... Entonces... (como queriendo reconcentrar sus ideas para adivinar.)

Rog. Aquello era un panteon, donde os habian enterrado viva!

AMA. Dios mío! Y vos, quién sois?

Rog. (interrumpiéndola.) Quién soy? Quereis saberlo?

Aquel lugar era el Cementerio de San Nicolás, y yo, el encargado de dar sepultura á los muertos!

AMA. Ah! (cubriéndose el rostro horrorizada.)

Rog. Ahora comprendereis lo que podeis esperar de mí! Ya adivinareis de lo que soy capaz, y á cuanto estoy resuelto, convencido de una vez, de que yo nunca he de obtener vuestro cariño! (se oye lejano un cañonazo.) Ese ruido! (sale Tomás.)

## ESCENA VI.

Los mismos y Tomás.

Rog. Qué significa ese cañonazo?

Tom. Un buque acaba de estrellarse contra las rocas que dan entrada al puerto! La tripulacion pide auxilio!

Rog. Y bien?

Tom. Apenas se advirtió el peligro, los marineros del bergantin Amalia, y los de los demás buques anclados en la bahía, han lanzado sus botes al agua, y corren á dar auxilio á los naufragos.

Rog. Bien, Tomás; aparentemos para con el mundo que sabemos ejercer la caridad. Haz que todos los esclavos se pongan en movimiento, y que se preste todo género de auxilios á los naufragos que escapen del rigor de las olas. (se oye tormenta fuerte.)

Tom. La tormenta arrecia. Voy á cumplir vuestras ordenes. (vase.)

## ESCENA VII.

ROQUE y AMALIA.

Rog. (Ejercemos por última vez en mi vida, un acto de caridad!) Espero, señora, que por hoy todo permanezca en esta casa como por espacio de catorce años. Un día teneis de plazo para resolveros; medita con calma, á fin de que podais fijar vuestro destino.

AMA. Pero...

Rog. Un día solamente! Pasadas veinte y cuatro horas, vendré á saber lo que habeis resuelto. O mia para siempre, ó la última de mis esclavas! Gente llega... serenos... Ya lo sabeis; solo veinte y cuatro horas! (vase.)

(Aparecen por el foro Tomás; Enrique colocado en una silla, que conduce dos esclavos; muy descompuesto su rostro y sus vestidos, y la cabeza reclinada sobre su pecho, de modo que casi no pueda ser reconocido. Benjamin á su lado. Otros marineros naufragos apoyados sobre los hombros de algunos esclavos. Cuadro.)

## ESCENA VIII.

AMALIA, TOMÁS, BENJAMIN, ENRIQUE, Esclavos negros, Marineros.

Tom. Señora, cumpliendo las ordenes del amo, he hecho conducir á esta casa, los pocos naufragos que han podido salvarse. Este parece ser uno de los gefes del buque, á juzgar por sus vestidos. (por Enrique.) Exánime, y próximo á perecer, ha sido socorrido por ese esclavo, (señalando á Benjamin.) que, viendo el inminente peligro en que se encontraba, con un arrojito á toda prueba, se lanzó al mar, y luchando con el furor de las olas, pudo arrancarlo de los brazos de la muerte, no sin grave riesgo de perecer en su obstinado empeño!

AMA. (con marcada sorpresa y alegría.) Cómo! Benjamin! Tu has sido?...

BEN. Oh! no señora. Dios! Ha sido Dios!

AMA. Pero estabas enfermo! Cómo abandonaste el lecho?

BEN. Oh!... yo me sentia malo... muy malo! Pero oír un cañonazo, y enterarme que un buque se perdía... Darme listima de los pobrecitos marineros, y no poderme contener... Salté de la cama, listo, muy listo... Corrí á la playa, y vi el peligro que corría la tripulacion... Los botes que habian salido en su socorro... gente cobarde, muy cobarde... no queriendo llegar al lugar del naufragio. Yo... mucho miedo, es verdad... pero buen corazón, eso sí... Me arrojé al mar, y nadando... nadando... cojeé por la ropa á uno que estaba casi muerto... y nadando, nadando, venir con él á la orilla...

AMA. Bien, Benjamin! Ese rasgo te enaltece á mis ojos. Nunca olvidaré que has sabido exponer tu vida,

por salvar la de uno de tus semejantes. Anda, cuida de tu salud, que se habra quebrantado doblemente!

BEN. Oh! no señora! yo estar contento, muy contento! Ya estar bueno...

AMA. Si, pero estás calado!...

BEN. Es verdad! Mucho frío!...

AMA. Y vosotros, (á los esclavos.) conducid á ese desgraciado á una de las habitaciones interiores; los demás pueden alojarse en vuestras cabañas. Así lo ha dispuesto vuestro amo. (vanse los negros y los marineros.)

## ESCENA IX.

TOMÁS, AMALIA, ENRIQUE, BENJAMÍN y dos negros.

TOM. (acercándose á Enrique.) Si apenas dá señales de vida!

AMA. Cómo! Qué decís? Acaso habrá sucumbido?... (Se acerca para inspeccionar á Enrique; lo reconoce, y dá un paso atrás aterrada, dando un grito reconcentrado, porque al mismo tiempo repara en Tomás; luego trata de aparecer natural á los ojos de todos. Benjamín se apercibe de la turbación de Amalia, y disimuladamente se aproxima mucho á ella tirándole de la falda del traje, como advirtiéndola de un peligro.)

AMA. Ah! (Es él! Enrique!...)

BEN. (Señora!) (á Amalia.)

AMA. (Silencio!) (á Benjamín.) Bien. Tomás; haced que se le trate con la mayor consideración; que se llame al médico de la ciudad, y que se le prodiguen, tanto á este como á los demás infelices, los mayores cuidados. (conduce á Enrique por la segunda puerta de la izquierda, y á los marineros por el foro izquierda. Al ir á marcharse Benjamín por el foro, Amalia le detiene.) Tú, Benjamín, no te separes de ese hombre; vela por él como si fuera por mí!...

BEN. (Pero, señora?... ) (besándole la mano y como interrogándola.)

AMA. (Ni una palabra más, silencio!) Tú, Antonio, (á otro esclavo.) corre, haz por alcanzar á tu amo, no debe hallarse lejos de aquí; dile que necesito hablarle al momento. (vanse todos.)

## ESCENA X.

AMALIA sola.

Dios mío! Será ilusión? No, es él! Es Enrique! Oh! El infierno lo arroja otra vez en mi camino! Luego cuanto ese hombre me ha dicho, ha sido una grosera mentira? Oh! si le vé, si le reconoce, todo está perdido; le espera la muerte! Es necesario salvarle; es necesario de una vez salir de la difícil situación en que me encuentro! Cómo conseguirlo!... No hay otro remedio!... Dándole esperanzas! Haciéndole conducir á España!... Una vez allí, veremos... Si... Dios mío! Dadme valor para no venderme en la lucha mortal que voy á emprender! Aquí está!

## ESCENA XI.

AMALIA y ROQUE.

ROQ. Han dicho que queráis hablarme...

AMA. Roque, hace un momento me disteis veinte y cuatro horas para fijar mi porvenir?...

ROQ. Es cierto!

AMA. Pues bien, estoy resuelta á concluir con una situación, que ya se me hace insostenible.

ROQ. Hablad.

AMA. Me habeis dado á escoger uno de dos caminos, ó ser vuestra esposa...

ROQ. O la última de mis esclavas; y vos habeis resuelto optar por lo segundo...

AMA. Al contrario; estoy decidida á lo primero!

ROQ. Qué decís!

AMA. Seré vuestra esposa.

ROQ. No acierto á comprender!... Amalia, repetídmelo... no abuseis de mi frenesi!... decidme que no es un sueño!...

AMA. No es sino la realidad!... Pero á mi vez debo imponeros condiciones...

ROQ. Hablad; todos vuestros caprichos serán satisfechos!

AMA. Me habeis asegurado que Enrique murió.

ROQ. Á mis manos... (con placer.)

AMA. Pero nada me habeis dicho acerca de la existencia de mi esposo, de mi hija!...

ROQ. Es que nada sé...

AMA. Pues bien, es forzoso averiguarlo.

ROQ. Con qué objeto?

AMA. Cuando me podais asegurar de una manera evidente, que mi esposo ha muerto; que mi hija, si existe, puede venir á mi lado, entonces, y solo entonces, seré vuestra esposa!

ROQ. Señora!

AMA. Ved como ha de ser!...

ROQ. Pero...

AMA. Ni una palabra más; la certeza de la muerte de mi esposo...

ROQ. (acariciando una idea.) La certeza de... Bien, señora, acepto vuestras condiciones!

AMA. Obrad ahora á vuestro antojo!

ROQ. (meditando.) (El amante fué muerto á mis manos! Qué importa un crimen mas?) Oídme. Es preciso partir á España!

AMA. Partiremos!...

ROQ. Pero ya sabeis que no podemos darnos á conocer á nadie... Sobre todo, vos...

AMA. Os lo prometo!

ROQ. Aun cuando fuéreis requerida por los Tribunales?

AMA. Os lo juro.

ROQ. Por la vida de vuestra hija?

AMA. Por la vida de mi hija.

ROQ. Ya sabeis, señora, de cuanto soy capaz. Un paso imprudente acarrearía la muerte de ese ser, que tanto amais!

AMA. Aceptado!

ROQ. Sereis mi esposa, señora. (vase precipitadamente.)

AMA. Te salvaré, Enrique, te salvaré!

## FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del anterior. Han desaparecido los ejones y herramientas. Aparecen Roque y Tomás en actitud de continuar un diálogo.

## ESCENA PRIMERA.

ROQUE y TOMÁS.

ROQ. Ya lo sabes, Tomás; mañana, despues de nuestra partida, se presentarán los nuevos poseedores de la hacienda, á quienes por inventario harás entrega de ella; de la fábrica, de todo. A un mes de plazo harás cobro de la cantidad en que se ha hecho

la enagenacion; realizarás los demás bienes que tengo en este país, bajo las condiciones y precios que te he señalado, y todo el importe, en letras corrientes sobre Londres, me lo remitirás por conducto seguro, al punto que te tengo designado. Dejo recompensados tus servicios, si bien me queda el sentimiento de tener que separarme, acaso para siempre, de uno de mis mas leales servidores.

TOM. Señor, bien sabeis con la solicitud que he procurado hacirme acreedor á la confianza conque tan ciegamente me honrais. Bien sabeis con cuanta alegría partiria con vos; pero, pobre de mí! que haria separándome de este país, que me dió el ser, donde tengo mi familia, los pocos bienes que he podido adquirir á fuerza de privaciones y de trabajos?

ROQ. Sea como quieras, Tomás; bien sabe Dios lo que te aprecio, y lo agra lecido que te vivo!

TOM. Pero, señor; esta marcha tan repentina, en pocos dias proyectada... Habiéis tenido necesidad de malbaratar cuanto poseáis para reducirlo á metálico! Permitidme si sospecho que algun grave acontecimiento os ha impulsado á semejante determinacion. Acaso alguna desgracia?...

ROQ. Tienes razon, Tomás; no sé si una gran desgracia, pero si puedo asegurarte que el mas grave acontecimiento... Has puesto en conocimiento de esos marinos, que deben abandonar mañana mismo esta casa?

TOM. He dicho al Capitan, que variando de dueño, no os era licito seguir facilitándoles la hospitalidad por mas tiempo. El capitan parece un hombre muy bueno, y tambien debe sufrir... En su delirio de estos dias, ha dejado escapar palabras entrecortadas...

ROQ. El escaso de la calentura. En las dos veces que he penetrado en su habitacion, apenas he podido cambiar con él cuatro palabras... Cómo se encuentra?

TOM. Estoy seguro de que le di la noticia de que marcho, y que me he ido. Me he acordado de vuestros deseos de hablaros, para daros los gracias por los cuidados que se le han prodigado.

ROQ. Amalia solamente es acreedora á su reconocimiento, y en cuyo obsequio he practicado esa obra de caridad.

TOM. (Cuánto la ama!)

ROQ. A ella debe manifestar ese marino su agradecimiento.

## ESCENA II.

*Los mismos y BENJAMIN.*

BEN. Mi señor! El Capitan Enrique pide permiso...

ROQ. Dile que no soy yo quien debe recibirle; que es la señora; que puede, sin embargo, venir cuando guste. (*vase Benjamin.*) Tú, Tomás, avisa á la señora.

TOM. No podia llegar á mejor tiempo; aqui está.

## ESCENA III.

*Los mismos y AMALIA.*

ROQ. Señora, dádme orden de que os buseasen en este momento...

AM. Puedo saber...

ROQ. Ese marino, á quien con motivo de nuestra repentina partida, nos hemos visto en el caso de participar que no puede permanecer mas entre nos-

otros, manifiesta el mas vivo deseo por demostrarnos su reconocimiento. No siendo yo, sino vos, la persona interesada en su desgracia, sois pues, la que debe recibirle, y así lo he dispuesto.

AM. (Dios mío! Si sospechará?... ) Oh! no, de ningún modo; vos sois el dueño; sin vuestro beneplácito, nada hubiera podido hacer en favor suyo... Recibidlo, pues, y evitadme la molestia...

ROQ. Por el contrario, señora; nada hay mas satisfactorio que escuchar el reconocimiento de aquella persona á quien hemos prodigado un beneficio. Despedidlo, pues, en tanto que yo preparo algunas cosas, que aun me restan que arreglar, para nuestra partida. Si no quereis estar sola, Tomás os acompañará.

AM. No lo creo necesario!...

TOM. (Quiere evitar mi presencia.)

ROQ. Como gustéis. Ven, Tomás. (*vanse.*)

## ESCENA IV.

*AMALIA sola.*

Solo faltaba este momento de prueba, para el complemento de mi martirio! Sospechará tal vez?... No, no puede ser; le ha visto en el lecho, y no lo ha reconocido!... Pero, cómo evitar su presencia, sin hacerme sospechosa á los ojos de Roque?... Y por otra parte, qué partido tomar? Cómo evadirme?... Enrique, cuyas miradas he podido esquivar hasta hoy, me reconocerá; me pedirá cuenta de mi conducta, en su concepto criminal; seria capaz de provocar á Roque, y esto contraria mis propósitos. No, me es indispensable ir á España; necesito averiguar el paradero de mi hija, y el estado del hombre, á quien sin merecerlo, he hecho desgraciado... Y si Roque descubriese que Enrique... Oh! todo lo temo á su ferocidad. Hagamos el último esfuerzo! Amo á Enrique, es cierto, pero antes que ese amor estan mis deberes de madre y esposa. Enrique podrá reconocerme; pero obstinada yo en negar que soy la mujer á quien él ama, dudará quizás, y no se opondrá á los planes que empiezo á realizar con mi partida. Siento pasos; él debe ser; disimulemos.

## ESCENA V.

*AMALIA, ENRIQUE y BENJAMIN.*

BEN. Venga mi señor por aquí; mi ama lo espera...

(Enrique se adelanta para saludar á Amalia. La reconoce, vá á correr hacia ella; pero al ver su indiferencia retrocede estupefacto. En las palabras que pronuncia debe haber una transicion violenta, propia de la situacion.)

ENR. Amalia!... Ama... Señora!...

(Amalia le observa con la mayor impasibilidad, disimulando á veces, y otras descubriendo la emocion que experimenta. Toda esta escena se recomienda al talento del actor y actriz que la representen.)

ENR. Decid, señora, que no es un sueño; que no es un fantasma lo que pasa á mi vista! Decidme que sois vos la mujer en cuyo encuentro corro hace catorce años! Decidme...

AM. Caballero!... (*con sencilla admiracion.*)

BEN. (Ay! Yo querré enterarme de esto!)

ENR. Señora?... Pero no puedo engañarme!... Y vos tambien... vos me reconocéis; ó para desgracia mia, habeis olvidado por otro amor la abrasadora pasion á que doy rienda en este momento, para mí de terrible duda!... Ah! Responded, por piedad! No me asesineis, Amalia! Decidme que no sueño... Que sois... que eres tú... la mujer por quien he

vivido tantos años en la mas cruel desesperacion!  
 AMA. Caballero, tranquilizaos y esplicadme... Vuest-  
 ras palabras me son incomprensibles... y me sor-  
 prenden sobremanera...

ENR. Qué, por ventura os atreveréis á negar?... Dios  
 mio! Me habré engañado? Será una ilusion de mi  
 fantasia? Estaré loco?

AMA. La fiebre, que durante algunos dias ha domina-  
 do en vuestro cerebro, molesta hoy vuestra imagi-  
 nacion, con algun recuerdo cruel de vuestro pasa-  
 do! Yo no os conozco; es la primera vez que os veo,  
 y habeis cometido la imprudencia de hablarme de  
 un amor, que os pudiera comprometer, si hay  
 quien tome por realidad vuestras palabras. (con  
 mucha intencion.)

ENR. (sin comprender.) Señora, por piedad, acaso pue-  
 de equivocarse el corazon? Oh! todo lo comprendo;  
 habeis vendido el vuestro á otro hombre, y no  
 quereis sonrojáros, confesando vuestro villano  
 proceder. Pero mi pasion es superior á vuestra su-  
 percheria, y sabrá arrancaros ante la faz del mun-  
 do la máscara con que en vano quereis cubriros.  
 Vos sois Amalia, Marquesa de Villa Espino; cono-  
 zco el secreto de vuestra pasada vida, y voy á pu-  
 blicarlo en desagravio de los infortunios que pesan  
 sobre mí, desde la funesta noche en que fui traido-  
 ramente herido por un asesino, en el Cementerio  
 de San Nicolás!

AMA. Oh! (no pudiendo disimular.)

ENR. Parece que os estreñecéis, señora!

AMA. (reponiéndose.) Caballero, estais faltando en es-  
 te momento á un sagrado deber, al deber de la  
 hospitalidad. Vuestro ciego error os enloquece; no  
 puedo tolerar por mas tiempo vuestra locura, y  
 voy á retirarme!

ENR. (Dios mio! Esa calma! La gravedad é indiferen-  
 cia de sus palabras!...) Oh! cómo razon, señora,  
 os pido perdon; en este momento dudo de mi in-  
 teligencia, cuando creo ver en vos la imagen de una  
 mujer á quien amo, y sin la cual la vida me es in-  
 soportable. Oh! En vano quiero convencerme de  
 que es una ilusion la semejanza de vuestro rostro,  
 de vuestra voz, de vuestros mas tribiales movimien-  
 tos; pero me es imposible! Tú, mi buen Benjamin,  
 mi hermano cariñoso en el infortunio, habla, dime  
 tambien que me equivoco, que es una pesadilla la  
 que me agita en este momento; que deliro, que es-  
 toy loco!

ENR. Ji, ji, ji... (conmovido, y sin poder articular pa-  
 labra.)

ENR. Lo veis, señora? Calla; se enternece; luego es  
 una realidad!... Si así os place, asesínadme, arro-  
 jadme de vuestro lado, despreciadme, pero no me  
 neguéis que sois la mujer á quien busco!

AMA. Caballero, ya os lo he dicho, y os lo reitero por  
 última vez, que estais en un error! Escuso daros  
 otras esplicaciones! Perdonad vuestro imprudente  
 presentimiento; vuestra criminal acusacion, y pue-  
 to que ya sabeis que tenéis que alejaros de esta ca-  
 sa, por razones que no está á nuestro alcance evi-  
 tar, hacedlo de una vez, sin dar lugar á que os  
 haga despedir de otra manera.

ENR. Está bien, señora! Comprendo lo que esto signi-  
 fica! Partiré; agradezco la hospitalidad y los cui-  
 dados que debo á vuestra solicitud, como agradece  
 el mendigo la mezquina limosna del potentado.  
 Amalia, me habeis engañado! Sembré flores en vuestro  
 corazon, y recojo punzantes espinas! Habeis he-  
 cho un juguete del hombre que os adoraba! Sed

feliz. A Dios, señora! (Enrique vá á marcharse, Ama-  
 lia, despues de su exclamacion, vá á detenerlo.)

AMA. (Dios mio! no puedo más!) Enrique!

(Enrique vá á retroceder, pero al hacerlo, Roque y Tomás  
 sin apercibirse de nada aparecen en la puerta del fondo. Al  
 aviso de Benjamin, Amalia vuelve á su actitud anterior y En-  
 rique se detiene y permanece inmovil.)

ENR. (Señora, el amo!)

AMA. (haciéndose escuchar de Roque.) El cielo os guar-  
 de, caballero! (Roque baja á la escena; saluda á En-  
 rique; este fija una mirada en él, y lo reconoce; aban-  
 da un grito, pero se reprime y disimula.)

ENR. (Este hombre! Sí, el es, el sepulturero!...)

## ESCENA VI.

Los mismos, Roque y Tomás.

AMA. (con marcada intencion, para hacer comprender á  
 Enrique que debe disimular, y disimulando á la vez.)

Habeis llegado, amigo mio, en el momento mas  
 apropiado, para satisfacer los deseos de este caba-  
 llero. Se obstina en no querer marchar, sin tener el  
 gusto de saludaros, y ved que la casualidad le ha  
 proporcionado tan feliz ocasion.

ENR. Sí, en efecto; suplicaba á la señora!... (reprimi-  
 endose.)

ROQ. (como recordando, y con sorpresa.) (Esa voz!)

TOM. (Este hombre se turba!... Amalia tambien!...)

Aquí ocurre algo de particular!)

ROQ. (Es imposible!) En efecto; ocupaciones perentor-  
 rias, me han impedido... Mi mayor satisfaccion  
 consiste en prodigar un beneficio; pero lejos de mí  
 la idea de anhelar el agradecimiento!...

ENR. Jamás podré olvidar!...

ROQ. Por otra parte, nada me debeis. La señora es,  
 quien tanto á vos, como á los tripulantes de vuestro  
 buque, ha hecho se les prodiguen cuantos cui-  
 dados han estado á nuestro alcance!...

ENR. Agradezco doblemente tan tierna solicitud, y me  
 felicito de haber encontrado en este pais, en medio  
 de mi desgracia, seres que con tanto desprendi-  
 miento como cariño han sabido dulcificarla. Feliz  
 yo, si algun dia puedo demostraros de cuánto soy  
 capaz, para haceros experimentar las emociones  
 que en este momento siente mi corazon! (con in-  
 tencion.)

ROQ. No se hable mas de eso. Y bien señora! todo se  
 halla dispuesto para nuestro viaje, y el buque que  
 hade conducirnos, se dará á la vela al amanecer  
 del nuevo dia. Habeis arreglado?...)

AMA. Todo.

ROQ. Tenéis elegidos los criados que han de servirnos  
 durante nuestro viaje?

AMA. Creo haberos indicado, que solo deseo me acom-  
 pañe Benjamin, á quien he prometido servir de  
 madre.

ROQ. Está bien; la noche avanza, y debemos retirar-  
 nos á descansar. En cuanto á vos, caballero, aun  
 podeis disponer de esta casa. Ese buen servidor  
 queda en ella unos dias. (por Tomás.) Ahora permi-  
 tami hme... (salúdase y cese Roque, Amalia y To-  
 más diciendo al partir.)

AMA. (Dios mio! He clavado un dardo en su corazon!)

TOM. (Yo sabré cuanto aquí pasa!)

## ESCENA VII

ENRIQUE y BENJAMIN.

ENR. (viendo partir á Amalia.) Catorce años de su-

frimiento, para encontrarla en brazos de otro hombre! *(dice esto con la mayor amargura. De repente y acometido de una idea súbita, toma de una mano á Benjamin y lo arrastra hácia el proscenio.)*

Benjamin, Ven acá.

BEN. Mi señor!

ENR. Quieres mucho á tu ama?

BEN. Es mi madre...

ENR. Si la vieses espuesta á una terrible desgracia, qué harías?

BEN. Morir por ella.

ENR. Pues bien, lo está; es decir, yo no sé á punto fijo si lo está, pero debo presumir que algo notable le ocurre, y debo salvarla!

BEN. No comprender!...

ENR. Tu ama quiere mucho a ese hombre?

BEN. Al señor Roque?

ENR. Sí.

BEN. Yo creer que no. Es malo, muy malo... hacerla llorar mucho, mucho... Yo haberla oído...

ENR. Cuanto dices me convence, de que obedece á un impulso sobrenatural! Pues bien, Benjamin; ahora mas que nunca, me confirmo en la idea, de que tu ama es presa de una terrible desgracia, y es preciso que la salvemos de ella. Estás dispuesto á ayudarme?

BEN. Cómo lo está un hijo por salvar á su madre!

ENR. Ya lo has oído; al amanecer vais á partir!

BEN. Sí, mi señor!

ENR. Es necesario que yo tambien vaya con vosotros!

BEN. Cómo!

ENR. Escucha. Tú, segun he visto, tienes libertad para salir y entrar cuando quieres.

BEN. Es cierto!

ENR. Pues bien; á pretexto de que me acompañas para buscar nuevo alojamiento, es necesario que me conduzcas á bordo del buque en que vais á embarcaros mañana. *(Tomás aparece en el foro; atraviesa la escena sin ser visto y se oculta en la segunda puerta.)*

BEN. Pues bien; cómo partiré? Ya sabes que soy marino; habla al capitán del buque, y le pediré plaza en la tripulación. A bordo, jamás me presentaré á vista de ese Roque, para evitar que me conozca, pero velaremos por la seguridad de Amalia. Estás dispuesto?

BEN. Sí, señorito.

ENR. Pues vamos; no perdamos un instante.

BEN. Vamos!

ENR. *(Oh! Amalia! Todo lo comprendo! Ese hombre ha violentado tu voluntad, y el miedo te hace seguirle. Juro, pues, arrancarte de sus brazos!)* Vamos! *(salen precipitadamente por el foro, y aparece Tomás que los ve marcharse.)*

## FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO III.

Habitación de una casa de mezquina apariencia. Puerta y ventana al foro. Laterales á derecha e izquierda. Muebles modestos. Aparecen el Marques con un libro en la mano, sentado junto á un velador, al otro lado Elisa haciendo labor. Empieza á oscurecer.

## ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS y ELISA.

ELI. Veis todavía, padre mio?

MAR. No mucho.

ELI. Quereis que os traiga luz?

MAR. No, hija mia.

ELI. Es... que yo... tampoco veo bien.

MAR. Tanto mejor; así descansarás algunos momentos de tu tarea.

ELI. Eso es verdad, pero...

MAR. Pero, qué?

ELI. Que ya sabeis que esta labor es una cosa muy urgente... Debo entregarla mañana á primera hora, y todavía me falta mucho para terminarla.

MAR. Pobre Elisa! Cuánto te afanas trabajando, en tanto que yo paso los dias sin hacer nada!...

ELI. Oh! no digais eso! Sin hacer nada? Vos trabajais tambien. Mientras yo me ocupo en mi costura, vos os ocupais en leerme esos libros tan instructivos, y sin yo abandonar el trabajo, vais formando mi educacion. Y además, para qué quereis trabajar? No estais acostumbrado á hacerlo, y eso aminoraria vuestra vida... vuestra vida, que tan preciosa y necesaria es para mí! Ya veis, sola en el mundo, sin las tiernas caricias de una madre, qué seria de mí sin vuestro cariño? Pero aun hay otra razon mas atendible. Con lo poco que nos resta de vuestra antigua fortuna, y lo que nos produce mi costura, vivimos los dos modestamente; no tenemos apuros y así nunca os apartais de mi lado. Luego, si al fin ganáseis ese antiguo pleito que sosteneis con vuestros parientes, vuestro título y vuestras rentas volverian á haceros rico, y entonces nada nos haria falta!

MAR. *(con marcado dolor.)* Que nada nos haria falta!

ELI. *(con dolor y recordando.)* Teneis razon! Siempre nos faltaria el cariño de mi madre! Pobre madre mia! Y no haberla conocido! Pero vos me habeis dicho muchas veces, que teneis esperanza de volverla á ver! Por cierto que es un misterio para mí cuanto me decís respecto de mi madre! Unas veces asegurais que ha muerto! otras... Por qué no quereis revelarme ese secreto? Ya veis... cuando niña siempre me deciais... Eres muy joven para poder comprender!... Pero ahora, es otra cosa; tengo diez y siete años!

MAR. No hija mia; vive ignorando tan triste historia si en medio de nuestra miseria quieréis vivir feliz.

ELI. Ayer, sin embargo, os encontré mas animado que de costumbre...

MAR. Sí, en efecto; un rayo de esperanza me lizo deramar algunas lagrimas de alegría...

ELI. Pero hoy...

MAR. Hoy esa esperanza, se convierte en una angustiosa impaciencia, en una mortal duda!

ELI. No os comprendo!

MAR. Ayer el padre Miguel, nuestro protector, nuestro unico amigo, me infundió tanta confianza, que...

ELI. Y hoy, aun no le habeis visto...

MAR. Esa tardanza me hace creer que todo fué una ilusion, forjada por los impetus de su buen deseo. Oh! Es imposible! Despues de catorce años...

ELI. Pero, padre mio, no me habeis dicho que mi madre fué sepultada en el cementerio de San Nicolás?



MAR. Sí.

ELI. Entonces... cómo esperais?...

MAR. Ese es mi secreto, hija mía... No quieras penetrar en él; derramarías dolorosas lágrimas.

ELI. Pues bien; tranquilizaos. Ya vereis cómo el padre Miguel os trae buenas noticias. Voy á continuar mi tarea; ya he descansado bastante. Os traeré una luz, porque quiero que me sigáis leyendo ese libro tan bonito... *(vase.)*

## ESCENA II.

*El MARQUÉS solo.*

Oh! no es posible! Después de catorce añ s! Sin una noticia... Sin saber nada! Y sin embargo, en todo ese tiempo... un siniestro presentimiento... *(llaman á la puerta del foro. Luisa aparece por la segunda puerta izquierda con luz, que coloca sobre el velador.)*

## ESCENA III.

*El MARQUÉS, LUISA, El PADRE MIGUEL.*

ELI. Llamaron?

MAR. Sí; tal vez sea el Padre Miguel. *(vá á levantarse para abrir.)*

ELI. No os mováis; yo misma saldré á recibirle. *(vá al foro; abre la puerta y aparece el Padre Miguel.)* Entrad, entrad pronto. Ya no os esperábamos, y tenías á mi padre muy disgustado. No queréis que es bese la mano?

Mig. Sí, hija mía. Qué buena eres!

ELI. Buena! Sí, no dice mi padre lo mismo. Siempre me está regañando, porque dice trabajo mucho, y que á mi edad eso no es conveniente. Como si él trabajar para ayudar á su padre, fuera malo!

Mig. Pobre ángel mio! Tu padre tiene razón á veces, pero tampoco mereces que te regañe por eso. Vamos; y vos, nada me preguntais? Os encuentro esta noche tan cabiloso...

MAR. Ah!

Mig. Vamos, cobrad ánimo. Elisa, déjanos solos; tenemos que hablar por unos momentos.

ELI. Y no queréis que yo me entere?

Mig. Curiosa!

ELI. Sí, curiosa!

Mig. Vamos, anda.

ELI. Bien, ya me voy. Os veo contento, y no quiero retardar á mi padre alguna buena noticia que le vendreis á dar. *(Qué ganas me entran de saber!)* *(vase.)*

## ESCENA IV.

*El MARQUÉS y El PADRE MIGUEL.*

MAR. Y bien, padre mio?

Mig. Calma, Eduardo; Dios parece que al fin se apiada de nosotros.

MAR. *(con ansiedad.)* Habeis averiguado algo? Habeis visto á Enrique?

Mig. Sí.

MAR. Y sabe?...

Mig. Escuchadme. Ya os dije, que ayer, yendo para mi parroquia, por una calle escusada, había querido como reconocer á Enrique que, fijo en una esquina, no separaba su vista de una de las casas principales de aquella calle. Hoy, al efecto, pasé varias veces por el mismo sitio, pero sin resultado

alguno. Casi desesperado y sin esperanza, me marché á mi parroquia, donde al llegar, me advirtieron que un sujeto me aguardaba, y solicitaba hablarme con mucho empeño. Apresureme á recibirle...

MAR. Y era él?

Mig. Figuraos cuál sería mi sorpresa y alegría! Era él, que con lágrimas entremezcladas de sentimiento y de placer, con voz trémula, impulsada por una agitación febril, casi sin poder articular una palabra, queriendo espresar muchas de una vez, y sin poder decir nada, pronunció algunas frases?...

MAR. Y esas frases?...

Mig. «Amalia, vive.»

MAR. Dios mio! Vive! Y acaso él!... Oh! Cuán desgraciado soy!...

Mig. Tranquilizaos. Eduardo; Enrique siempre fue vuestro mejor amigo.

MAR. Y sin embargo, amaba á Amalia, y me la ha arrebatado!

Mig. Sois injusto con él, amigo mio!

MAR. Hablad por favor!

Mig. Enrique no os arrebató á vuestra mujer. La misma noche que desapareció del Cementerio de San Nicolás, bien lo sabéis, á Enrique se le encontró herido gravemente á la entrada del Campo Santo, los tribunales entendieron de ambos accidentes, y nada pudo descubrirse; solo se supo, que el encargado del Cementerio había desaparecido, y que el panteón de Amalia estaba desierto.

MAR. Sí, pero Enrique curó de su herida, y desde entonces no ha vuelto á saberse de él.

Mig. Para presentarse hoy á vuestros ojos, con el sello de la verdadera amistad!

MAR. Qué decís?

Mig. Enrique, en su larga carrera de marino, víctima de un horroroso naufragio, encontró una morada hospitalaria en el Puerto de San Salvador. En aquella morada se encontraba vuestra mujer.

MAR. Y ella?...

Mig. Ella se ha negado á reconocerle.

MAR. Entonces...

Mig. Amalia es desgraciada!

MAR. No os comprendo; acaso en poder de otro hombre?...

Mig. Sí, Eduardo, en poder de otro hombre!

MAR. Dios mio!

Mig. En poder del sepulturero de San Nicolás.

MAR. Horror! *(se tapa la cara con ambas manos.)*

Mig. Pero no os aflijáis; la justicia divina alcanza hasta el imposible, y con su ayuda, Amalia reconocerá sus sagrados deberes, y la arrancaremos de los brazos de un miserable asesino, para darle una madre á vuestra hija.

MAR. Os forjáis quimeras! Amalia, decís no ha querido reconocer á Enrique? Luego Amalia ha olvidado todos sus deberes. Además... á tan larga distancia!... Y quién nos asegura, que todo eso no será una farsa, inventada por Enrique, para poder permanecer en Madrid, donde le llamen asuntos de interés, sustrayéndose de ese modo á mi venganza?

Mig. Eduardo, os dejáis arrastrar, instigado por vuestros celos, de pensamientos innobles! Os he asegurado que Enrique no ha faltado á los sagrados deberes de la amistad, y al asegurarlo yo, debíais creerme.

MAR. Pero entonces, como explicar?

MIG. Fuerza es confesároslo todo. Amalia, en la actualidad, no está en la América...

MAR. Pues dónde?

MIG. Cerca de nosotros! En Madrid!

MAR. Cómo! Qué decís?

MIG. Es un misterio que no se explica, pero que hace creer, que cuando Amalia no teme acercarse á nosotros, lejos de ser culpable, es una víctima desgraciada.

MAR. Qué no es culpable!

MIG. No, Eduardo; reflexionad. Amalia no ha querido reconocer á Enrique; pero al ver que Enrique se hallaba cerca de ella, y se iba á descubrir su paradero, ha podido conseguir, no sabemos por qué medio, su vuelta á España. Eso me prueba, que en su deseo de entregarse á nosotros, algun ardid ha inventado, para burlar al hombre que sin duda la tiraniza. Enrique, además, ha podido averiguar, que Amalia no es feliz, y supone, como yo, que obedece á una fuerza sobrenatural, que coharta su voluntad de una manera que no puede combatir ni vencer.

MAR. Pero el hombre que vive con ella la habrá seguído...

MIG. Si; Enrique también.

MAR. Y cómo?

MIG. Disfrazado de marinero, y sustrayéndose, durante el viaje, á sus miradas. Con este ardid ha conseguido venir en el mismo buque; han desembarcado en Cádiz, y desde allí no los ha perdido de vista, hasta llegar á Madrid, hace dos días. No encontrando quien le diese noticias de vos, ha averiguado mi paradero, con el fin de anunciaros cuanto pasa y convenceros de la injusticia con que siempre le habeis calificado.

MAR. ¿Y qué tenéis razón; no puede ser de otro modo? ¿No es así? Amalia aquí, cerca de nosotros, ¿no es para sustraernos, no desperdiciar un momento, para arrancarla cuanto antes de los brazos de este hombre; sea criminal ó inocente, es indispensable que mi hija recobre á su madre! Venid, vamos pronto.

MIG. Teneos, Eduardo, y reflexionad. Creéis que sea conveniente vuestra repentina presencia en aquella casa? No; yo creo, por el contrario que esto podría hacer fracasar nuestros proyectos. Yo iré mañana, y con el carácter de que estoy revestido, sin hacerme sospechoso, exploraré... Ahora bien; habeis calumniado á vuestro mejor amigo, y debéis reparar esa falta.

MAR. Decís bien! Pero, cómo? Enrique, á quien tanto he agraviado, me aborrecerá; nunca podrá perdonar al hombre que no supo agradecerle un favor, que acaso era entonces la salvación de su vida. *(Enrique ha aparecido en la puerta del foro; al oír las últimas palabras del Marqués, se adelanta hacia él, tendiéndole los brazos.)*

## ESCENA V.

Los mismos, ENRIQUE.

ENR. Te engañas, Eduardo, Enrique te tiende sus brazos, y bendice á Dios, porque le proporciona este momento de felicidad!

MAR. Amigo mío! *(corriendo hacia él y abrazándole.)*

MIG. Hijos míos, Dios bendiga vuestra santa amistad! Ella sea precursora de la felicidad que tanto necesitáis!

MAR. Enrique, perdona á un padre, las ofensas que te ha inferido!

ENR. Yo, que he sido la verdadera causa de tu desgracia, soy el que debe disculparse ante tus ojos. Yo amaba á Amalia, Eduardo; pero siempre respeté á la mujer de mi mejor amigo; así, pronto huiré de vosotros, luego que consiga dejaros entregados en brazos de la felicidad.

MAR. Generoso amigo! De la felicidad! Ya no es posible para mí!

MIG. Para el hombre no hay nada imposible con la ayuda de Dios.

ENR. *(examinando la habitación.)* Según veo, yaces en el estado de pobreza?

MAR. La desgracia no se cansa de perseguirme!...

MIG. Ahora no es ocasión de hablar de eso. Meditemos nuestro plan de mañana, y entre tanto, Eduardo, descansad; vuestros amigos velan por vos.

MAR. Cuánto os debo! *(estrechando las manos de Enrique.)*

MIG. Venid, Enrique.

MAR. Deteneos; dejad al menos, que haga partícipe á mi hija de la dicha que experimento. *(Elisa aparece por la izquierda.)*

## ESCENA VI.

Dichos y ELISA.

ELI. No es necesario que me llameis; todo lo he oído, y estoy tan contenta!...

MAR. Como! Has oído?

ELI. Padre mío, perdonadme si he sido curiosa! Sabía se trataba de mi madre, y tenía tantos deseos de saber...

MAR. Hija mía, este caballero *(que Enrique.)* es mi mejor amigo; á él debemos...

ENR. Nada, señorita; una amistad á toda prueba!

ELI. Mirad que yo quiero me lleveis á ver á mi madre!

MIG. Aun no es tiempo, Elisa; sabe que tu madre vive, está cerca de nosotros, y que con la ayuda del cielo, te la devolveremos.

ELI. Ay! Qué contenta estoy! *(abroza á su padre.)*

ENR. A Dios, Eduardo; descansa estos breves momentos, y ten calma hasta mañana.

MAR. A Dios, Enrique.

MIG. A Dios, hijos míos.

ELI. Dejad, os alumbraré. La noche está muy oscura... No me quereis dar la mano? *(al Padre Miguel.)*

MIG. Picarilla! *(dándole á besar la mano. Elisa toma la luz de la mesa y les ilumina.)*

## ESCENA VII.

El MARQUÉS, y ELISA.

ELI. Qué contenta estoy! Qué felices vamos á ser!

MAR. Elisa, no te lisonjee una esperanza, cuya realización no es tan fácil como te imaginas.

ELI. Pues qué, no existe mi madre? No la voy á ver?

MAR. Ya lo has oído; tu madre vive, y sin embargo, durante catorce años, nada ha hecho por abrazar á su hija.

ELI. Teneis razón! Pero no desconfiemos! Puede ninguna madre negarse á reconocer á su hija?

MAR. Quién sabe!

ELI. Entonces, padre mío, no quiero verla nunca! Tendría que maldecirla, y los hijos no deben maldecir á sus padres!

MAR. No aventuremos nuestros juicios. Esperemos á mañana.

ELI. No sé lo que tengo; á pesar de mi confianza en el porvenir, siento un molestar... Será acaso la emoción que acabo de experimentar?

MAR. Vamos, tranquilízate; vé á tu cuarto, y espéremos resignados un día más.

ELI. Es que yo... no podré dormir.

MAR. No importa; es tarde, y debemos estar preparados para los acontecimientos que han de sobrevenir. A Dios, hija mía. *(va á marcharse después de besarla.)*

ELI. No os vayáis tan pronto. Hay que cerrar la puerta, y tengo miedo! *(toma la luz y va á cerrar.)* Ya veis, la noche está muy oscura, y empieza á llover con violencia! *(cierra la puerta con barra.)* Ya está. Dejad, os alumbraré. *(le acompaña hasta la primera puerta izquierda.)* En vuestro cuarto tenéis luz. *(entra el Marqués.)* Ahora, yo al mío.

*(Eli se oculta por la primera puerta derecha, llevándose la luz. Oscuridad completa. Una larga pausa. Déjase oír durante ella tormenta lejána. Pasado un momento, uno de los cristales de la ventana del foro, cae á pedazos; por el hueco que descubre, asoma la mano de un hombre, que coje la falleva de la puerta de cristales, y la abre; por la ventana aparece Roque, que trae una linterna sorda, á cuya luz reconoce la escena. Conveocido de que no hay nadie, oculta la luz, y coloca la linterna junto á la puerta del foro, de la cual descuelga la barra, dejándola abierta; cierra con cuidado la ventana; después con el mayor sigilo vuelve á escuchar por todos lados.)*

ESCENA VIII.

Roque, solo.

Nadie! La casa está en silencio! Todos se han recogido! Esta es la habitación donde duerme el Marqués! *(sentándose á la izquierda.)* Aquella la de su hija. *(por la de la derecha.)* Acabemos de una vez! *(Saca del pecho un puñal, y penetra en la habitación del Marqués. Benjamin aparece en la ventana, abre del mismo modo que Roque; toma la linterna, y entra; reconoce como aquel, poniendo el oído para escuchar, hasta convencerse de que Roque ha entrado en la habitación del Marqués.)*

ESCENA IX.

BENJAMIN, solo.

Oh! Por aquí haber entrado! Yo esconderme aquí... *(Se oculta por la segunda puerta izquierda. A poco aparece Roque, trayendo en la mano el puñal ensangrentado. Su rostro está demudado, y sus vestidos descompuestos, como el hombre que acaba de sostener una horrible lucha.)*

ESCENA X.

Roque, y BENJAMIN, oculto.

ROQ. Amalia es mía! Ahora... su hija! *(Atraviesa la escena con paso incierto, hasta tropezar con la primera puerta derecha, por donde entra. Desde este momento, y durante toda la escena, Benjamin fijo su oído, observa cuanto hace Roque. Este vuelve á aparecer, trayendo á Elisa maniatada, y sujeta su boca con un pañuelo. Atraviesa la escena, y vase con ella por el foro. Al pasar á favor de la luz de la linterna, Benjamin, los reconoce. Roque se apercibe de la luz, y se precipita para huir.*  
ROQ. Ah! esa luz!... ¡Huyamos! *(después que se ha marchado sale Benjamin.)*

ESCENA XI.

BENJAMIN, solo.

Uy! Qué miedo! Yo tener mucho miedo de ese hom-

bre! *(entra por la primera puerta izquierda y vuelve á salir muy asustado.)* Ay! ay! Haber muerto al otro, y llevarse á la señorita! Oh! yo seguirle á todas partes, para que no se escape! Picado! Picado! Mas que picado! *(vase precipitadamente por el foro.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

Salon elegantemente adornado. Puertas laterales y al foro. Es de noche. Sobre un velador, un candelabro con luces y algunas cartas.

ESCENA PRIMERA.

Roque, entrando por el foro; llega á la primera puerta izquierda, y observa por ella.

Todo en silencio! Nadie se apercibió de mi salida! Terrible noche. *(pausa.)* Va es casi el amanecer, y Amalia duerme tranquilamente. Esperemos el día, y hoy mismo partiremos de Madrid... *(reparando en las cartas.)* Estas cartas!... Esta... reconozco su letra, es de Tomás! Llega á buen tiempo; me remitirá letras sobre Londres, como se lo encargué... Realizados todos mis bienes, ya nada me resta para que Amalia sea mía... Su hija está en mi poder... su marido no existe; luego ningún obstáculo... Veamos! *(abre una de las cartas.)* Nada! Qué es esto? *(empieza á leer para sí con ansiedad, y á las primeras líneas se detiene admirado.)* Oh! no! Me habré engañado! Veamos. *(lee con marcada agitación y voz balbuciente, hasta terminar la carta.)* «Yo te odiaba, Roque; te habías hecho superior á mí; me habías humillado por acceder á los caprichos de una mujer, y juré vengarme. He sabido quién eres: tu origen, la procedencia de tus riquezas, de esa mujer que te acompañaba... Cuando me confiaste tu fortuna, encontré la ocasión de realizar mi venganza, y proyecté robarte; al conocer tu historia, me confirmé en mi propósito. No soy, sin embargo, un ladrón; soy un instrumento del cielo, que empieza de este modo el castigo de tus maldades. Cuando recibas la presente, habré huido con todo tu caudal, y nunca, te lo aseguro, podrás averiguar mi paradero; mas si algún día nos encontramos en nuestro camino, tiembla! Réstame decirte, para acibarar tus tormentos, que el amante de Amalia, aquel á quien robaste, á quien creíste muerto, vive, y va siguiendo tus pasos; Amalia lo sabe; ha hablado con él; y en ese país, á donde corres en busca de la ventura, solo encontrarás la muerte.—Tomás.» Pero, Dios mío! Es esto verdad? Conque es decir que estoy arruinado! Y que esa mujer me ha vendido! Oh! no importa! Amalia será mía! Su hija está en mi poder, y la vida de su hija me responde del triunfo! Pero si me descubren!... Ese hombre que sigue mis pasos!... Los documentos que me acompañan, y que he adquirido á fuerza de oro, demuestran de una manera evidente que Amalia no es la Marquesa de Villa-Espino, sino mi esposa! Debo ante todo asegurarme de Amalia... Su confesión me perdería... Benjamin! *(llamando al foro.)*

ESCENA II.

Roque y BENJAMIN.

ROQ. Cómo! Tan temprano, y ya estás levantado?

BEN. Es...

Rog. Bien, entra en la habitación de tu señorita, y dila que la espero al momento.

BEN. (Qué cara de Judas tiene!)

Rog. Qué aguardas?

BEN. Voy, señor, voy! (Picado! picado! picado!) *(vase por la izquierda.)*

### ESCENA III.

Roque, solo.

Rog. Amalia, no tengo duda, lo sacrificaré todo por su hija! Pero, esta carta!... Será cierto que Tomás?... Oh! Aun conservo algunos fondos en mi poder, y un buen crédito en aquel país para restaurar mi fortuna!... Ella es! Apuremos hasta el último recurso.

### ESCENA IV.

Dicho, AMALIA y BENJAMIN.

Rog. *(á Benjamin.)* Retírate, y cuida de que ningún criado, ninguna persona, penetre en esta habitación sin mi permiso.

BEN. (Picado! picado! picado! Yo desde la puerta escucharlo todo!) *(ha amanecido; Benjamin se marcha por el foro, llevándose el candelabro que está sobre el reloj; lo nie cierra todas las puertas.)*

### ESCENA V.

Roque y AMALIA.

Rog. Os hago venir tan de mañana, porque me es indispensable despejar la terrible situación en que nos encontramos...

AMA. No os comprendo...

Rog. Hace tres días, que estamos en Madrid; y sabéis, señora, quién ha sido la causa de que emprendamos este viaje? No creo tener que recordaros las circunstancias que lo han motivado.

AMA. Yo!...

Rog. Vos, señora; vos, la que hace mucho tiempo, habéis hecho de mí un juguete!

AMA. Si no os explicais...

Rog. Voy á explicarme. Fascinado por la devoradora pasión, que en mal hora me habéis hecho alimentar, conseguisteis que en un momento de risueña esperanza, me dejara arrastrar por vuestros deseos, abandonando un país, donde vivía, sino afortunado, tranquilo al menos. Una palabra... mas que una palabra, el juramento que me hicisteis de ser mía, tan luego como os encontráseis viuda, y en posesión de vuestra hija, me decidió á emprender ese arriesgado viaje, sin comprender que era víctima del mas cruel engaño. No os alteréis, señora; es necesario que lo confeséis de una vez, que arruineis la máscara que os cubre; vos me habéis engañado!

AMA. Qué decís? Hablais de engaño!

Rog. No podéis negarme, señora, que obráis en todo de acuerdo con un hombre, que es mi mas mortal enemigo; que no ha de perdonar medio para perderme, para acusarme, para arrancarme de mi poder!

AMA. Os juro...

Rog. En vano son vuestros juramentos! Ese hombre me consta, he seguido nuestros pasos, y se halla cerca de nosotros.

AMA. Roque, os juro que ignoro...

Rog. No mintais, Amalia. Tomad; leed esa carta. *(le muestro la que antes he leído; Amalia lee rápidamente, manifestando sorpresa.)* Qué decís ahora?

AMA. Dios mío!

Rog. Sostendréis que lo ignorábais? Pues bien, señora; nada me importa vuestra negativa, como nada me importan vuestros planes. Todas mis medidas están bien tomadas. Todo lo aguardo de ese hombre... nada, sin embargo, puede perderme, como no sea una confesión por parte vuestra; dadla, es desafío á que lo intenteis! Correis en pos de una hija; cuanto intentais es por lograr su posesión...

AMA. Oh! sí; por ella todo lo sacrificaré! Sabéis su paradero?... Vive?... Oh! por favor, hablad!

Rog. Vive.

AMA. Gracias, Dios mío, gracias!

Rog. Vive, pero no la vereis; la tengo en mi poder, en lugar seguro, y á la menor imprudencia vuestra que me comprometa, temed por su vida.

AMA. Callad, me horrorizais!... Es que yo quiero verla! Vos no me podéis privar de ese placer!

Rog. Amalia, ya sabéis á qué precio!

AMA. Sois implacable! Pues bien; haced de mi cuanto queráis, pero dadme á mi hija! Ahora que sé que vive, no puedo contener los impulsos de mi corazón. Roque, por piedad, dadme á mi hija! Es cuanto amo en el mundo; dadla ella, y no hagáis, por caridad, que me vuelva loca!

Rog. Ya os he dicho de qué manera!...

AMA. Está bien, nada me arredra... pero temed la cólera de una madre! Acudiré á los tribunales en su demanda y auxilio; denunciaré vuestros crímenes; diré que me habéis arrebatado á mi hija...

Rog. Y los tribunales os tendrán por loca!

AMA. No, Roque, me escucharán, porque la verdad tiene una fuerza imposible de combatir. Me oirán, y os condenarán!

Rog. En tanto que vuestra hija morirá en un encierro?...

AMA. *(fuera de sí.)* No morirá, no; diré que sois un asesino!

Rog. No griteis, señora; pudieran oiros...

AMA. Eso quiero yo; que me oigan, que vengan en mi auxilio.

Rog. Recordad, que vuestra hija se encuentra en mi poder!

AMA. Y qué me importa?

Rog. Amalia, silencio. Oigo ruido... Callaos, por favor... Quién? Es Benjamin! Qué ocurre? *(viéndole llegar precipitadamente.)*

### ESCENA VI.

Dichos y BENJAMIN.

BEN. Ah, mi señor! La casa estar cercada por mucha gente! Muchos soldados!

AMA. Lo veis? Vienen á salvarme!

Rog. Benjamin, haz que entre todo el mundo! *(vase Benjamin.)* Ya lo veis, ha llegado el momento decisivo. Ahora tenéis ocasión de denunciarme! Pero, por última vez os lo advierto! Vuestra hija está en mi poder; á una señal mía...

AMA. Callad, hombre sin corazón!

Rog. Mi prisión es un motivo bastante, para que los encargados de su custodia, acaben con su vida!

AMA. Es que yo no quiero que mateis á mi hija!

Rog. Sed mía, y os la entrego. Sobre todo, silencio; una sola palabra que me comprometa...

AMA. Está bien; seré vuestra; callaré... Todo por ella... todo por la vida de mi hija!...

Rog. Silencio! Ya estáis aquí! Ay de ella si cometeis la menor imprudencia!

## ESCENA VII.

*Los mismos, El Padre Miguel, El Corregidor y Alguaciles que quedan en el foro.*

Cor. Perdonad, caballero, la hora importuna en que hemos venido...

Rog. Decid á quien tengo el honor...

Cor. Acaban de denunciarme un crimen horrible, que se ha perpetrado esta noche!

Rog. Un crimen! (con extrañeza.)

Cor. Tendréis noticias tal vez...

Rog. No tengo el honor de saber cuál es la autoridad que me dirige la palabra, y el por qué se me interroga.

Cor. Contestad á mis preguntas. Soy el Corregidor de Madrid.

Rog. Está bien; interrogad.

Cor. En la pasada noche, en su casa, en su mismo lecho, ha sido asesinado el Marqués de Villa-Espino.

AMA. (Oh!)

Cor. Conociáis al Marqués?

Rog. Hace solo tres días que resido en Madrid con mi esposa; aun no he tenido tiempo de conocer á nadie. No pertenezco á este país; aquí tenéis mis documentos. (entregándole algunos papeles que el Corregidor examina.)

Cor. En efecto; por estos papeles se demuestra que sois vecino del pueblo de San Salvador, en la República de Guatemala; que vuestra esposa se llama Amalia Martínez. Sois vos? (á Amalia.)

AMA. (queriéndose dominar.) Yo... soy...

Cor. Sin embargo; pesa sobre vos una acusación... una denuncia...

Rog. Una denuncia! Como á nadie conozco en este país, no creo ni aun tener enemigos que satisfagan una venganza, valiéndose de una falsa delación.

Cor. La denuncia se halla hecha por personas respetables!

Rog. Y se me acusa?...!

Cor. De ser el autor de la muerte del Marqués... De haber arrebatado á su hija...

AMA. (Cielos, será verdad!...)

Cor. Qué respondéis?

Rog. Que es una impostura, y que ya comprendéis que el autor de esa falsa delación, debe ser castigado. Decidme quién es, porque la mancha que se trata de echar sobre mi reputación!...

Cor. Aun hay más. Se os acusa también de un atentado cometido en la persona de D. Enrique del Robledo, en la noche del 14 de Enero de 1802; de haber huido, robando al don Enrique la suma de quinientos mil reales, llevándoos á la legítima esposa del Marqués de Villa-Espino, á quien se había eruido muerta, y dado sepultura en el cementerio de San Nicolás.

Rog. Estoy admirado, y me sorprende cuanto acabo de oír, señor Corregidor! Ya os he manifestado los documentos que acreditan mi personalidad; tod cuanto basta á demostrar la vil calumnia que contra mí se inventa, no sé con qué objeto.

Cor. Habiéis dicho que esa señora?...

Rog. Esta señora... es mi esposa.

Cor. (al Padre Miguel.) Vos, que conocíais á la Marquesa decid...

Mig. (suplicándole.) Amalia!

Rog. No temáis, responded.

AMA. Yo?... no... os conozco!...

Mig. Cómo! Qué decís? No me reconocéis? Recordad señora; yo soy el sacerdote en quien depositábais todos vuestros secretos; al que acudisteis en demanda de absolución en los momentos en que os creísteis en peligro de muerte!

Rog. Habla, Amalia, desvanecese ese error! No debéis extrañar su timidez, señor Corregidor. La acusación es tan horrorosa, que ambos estamos consternados.

Cor. Hablad, señora.

AMA. Repito... que yo no conozco...

Mig. (solemnemente.) Amalia! La voz del cielo, es la que en estos momentos os demanda la verdad. No os obstineis en una negativa, que os condena a los ojos de Dios. Considerad que tenéis una hija; que sobre los hijos recaen siempre los crímenes de los padres. Nada temáis; la ley os protegerá si decís la verdad.—Calláis? Oh! Dios mío! Por qué permitís que el crimen continúe envuelto con el terrible manto del misterio?

Cor. Veo, en efecto, que vuestras sospechas eran infundadas; ellas han sido atendidas, en razon á vuestra dignidad, y debemos suplicar á este caballero, nos dispense la ligereza conque hemos procedido.

Mig. Dios mío! Dios mío!

Rog. Yo estimo, señor Corregidor, la satisfacción que acabais de darme, y perdono á ese anciano su acalorada acusación, hija mas bien de un exagerado celo, por el descubrimiento de esos crímenes, y por los lazos que pueden unirlo con la víctima. Ya lo veis; todo este aparato de fuerza, se ha reducido á una mera sospecha. Ahora, señor Corregidor, me permitiréis que mi esposa se retire á su habitación, es hija de su natural sorpresa, y el estado de una señora no es susceptible de una emoción tan violenta, como la que acaba de experimentar. (va á conducir á Amalia y el Padre Miguel se interpone.)

Mig. Señora, deteneos. Señor Corregidor; ante Dios y ante los hombres, juro que esta mujer es la Marquesa de Villa-Espino! Yo cargo con la responsabilidad de esa acusación, y si no fuese bastante mi testimonio, invocaré el de otra persona, dispuesta á justificar con datos irrecusables, la veracidad de mis palabras.

Cor. Otra persona!

Mig. Sí.

Rog. Pues bien, á vos, á todo el mundo desafío!

Mig. Los tribunales decidirán!

Rog. Pero no es bastante para llevarme ante los Tribunales una grosera calumnia! Quién es esa persona que, acusándome como me acusáis vos, oculta el rostro? Qué venga, si se atreve; que venga para confundirla! (Enrique aparece de pronto en la puerta del foro.)

## ESCENA VIII.

*Los mismos, y Enrique.*

Enr. Yo, señor Corregidor, yo soy esa persona!

AMA. (Enrique!)

Rog. (Indigno! No haberle conocido!)

Mig. Ved su turbación! Dudáis aún?

ROQ. Y bien! Qué teneis que alegar en contra mía?

A qué venis?

ENR. Venigo á deciros, que sois el Sepulturero del Cementerio de San Nicolás; el asesino del marqués de Villa-Espino, y el raptor de la marquesa y de su hija.

ROQ. Caballero; me insultais!

ENR. No os insulto; os acuso de vuestros crímenes.

Atended, señor Corregidor; oídme todos. Era una noche oscura; un hombre, con el corazón desgarrado por el dolor, llegó al Cementerio de San Nicolás, á derramar lágrimas de consuelo sobre el sepulcro de la mujer que amaba. Sobornando al sepulturero, consiguió levantar la losa mortuoria, para contemplar el rostro de aquel que todos creían un cadáver; á la luz de la linterna, descubrimos el carmin que coloreaba las mejillas de aquella mujer; el amante soborna de nuevo al sepulturero: parte á Madrid, coloca en su cartera cuanto dinero posee, y cuando vuelve al Cementerio, una mano de hierro asesta un golpe mortal sobre su corazón. Catorce años trascurrieron, señor Corregidor! A los catorce años, un naufragio lleva al desventurado amante á las costas de San Salvador; le socorren, le hospedan en una casa, y ya repuesto del accidente que le ocasionará el naufragio encuentra en ella á la mujer que buscaba; la cual, aterrada sin duda por las amenazas del miserable asesino que la subyuga en su poder, no quiso reconocerle; pero él, anhelando su venganza, siguió sus pasos, para obtener este momento, y deciros: señor Corregidor: yo soy el hombre que persigue al criminal; delante de vos teneis á Amalia, á la Marquesa de Villa-Espino; y ese hombre, que veis ahí, confundido bajo el peso de la acusacion, es el ladrón, el

AMA. Señor Corregidor, yo soy la Marquesa de Villa-Espino; las amenazas de ese infame, han hecho que oculte mi nombre, con el objeto de poder descubrir el paradero de mi hija, y reunirme con mi esposo, así que tuve conocimiento del abismo que me rodeaba; á pesar de sus insultos y amenazas, he conservado mi honra, libre de toda mancha. Ninguna parte he tenido en sus crímenes; y ahora que tengo entre mis brazos al objeto de mi cariño, yo soy la que acuso á ese hombre públicamente.

COR. (á Roque.) Luego sois el asesino del Marqués?

BEN. Y tambien el que ha tenido escondida á la señorita!

ROQ. Infame! (*quiere arrojarle sobre Benjamin y los alguaciles le detienen y sujetan.*)

BEN. Atarle fuerte, con un cordel al pescuezo! Picado!

COR. (á los alguaciles.) Conducidle á la cárcel. (*los alguaciles se apoderan de Roque, y se lo llevan á pesar de la resistencia que hace.*)

ROQ. (El cielo se ha desencadenado sobre mí!) (*vanse.*)

AMA. Qué hermosa eres, hija mía, y cuán feliz me considero á tu lado!

ENR. Aun hay quien sufre, Amalia!

AMA. Caballero, mi esposo ha sido asesinado anoche; respetad mi dolor!

ELI. Infeliz padre mío!

ENR. Teneis razon, señora; perdonad si os he ofendido!

AMA. Esperemos á que luzcan para nosotros dias mas felices; dejad que guarde el luto del hombre cuya desgracia ha causado nuestro amor, pero cuya honra hemos sabido respetar.

MIC. Y Dios, hijos míos, bendecirá vuestra abnegacion y vuestros sacrificios, premiándolos tanto, como premio siempre á los buenos, y á los que de corazón se arrepienten de sus culpas!

## FIN DEL DRAMA.

### Obras dramáticas del mismo autor.

	ACTOS.	
<i>Rigoletto ó el bufon de la Corte de Mantua</i> .....	5	actos y un pról. prosa.
<i>Travesuras de amor</i> .....	2	• • • verso.
<i>La Carajada</i> (parodia).....	4	• • • p.
<i>Los siete Niños de Egipto</i> .....	5	• • • v.
<i>Juan Palomo</i> (segunda parte de la anterior).....	5	• • • v.
<i>Del crimen á la virtud</i> (tercera parte).....	1	• • • v.
<i>El pretendiente á Ministro</i> .....	3	• • • v.
<i>Los gitanos de la Caba</i> .....	4	• • • v.
<i>Los grandes infames</i> .....	4	• • • p.
<i>El triunfo de la Morra Española</i> .....	2	• • • v.
<i>El Sepulturero del Cementerio de San Nicolás</i> .....	4	• • • prol. p.
<i>Juan el perdido</i> (segunda parte).....	4	• • • v.

FINTE:

IMPRESA DE G. ALHAMBRA MENJAS, S

1866.

## ESCENA IX.

Los mismos, BENJAMIN con ELISA.

BEN. Aquí está! Yo... yo la traer... miradla.

ELI. Mi madre! Donde está mi madre!

ENR. (*conduciendo á Elisa.*) Vedla; esa es, Elisa.

ELI. Madre, madre mía! (*abrazo y besa á Amalia.*)

AMA. (*volviendo en sí á las caricias de Elisa.*) Quién es?... Ah! mi hija! Hija de mi corazón! (*nuevas caricias de Elisa á Amalia, quien abraza y besa á su hija.*)

ELI. Madre mía, ya soy feliz, ya os tengo á mi lado!

ROQ. (Todo se ha perdido!)

BEN. Yo enterarme de todo; seguir los pasos de ese hombre malo; verle matar al pobre viejo, y luego apoderarse de la señorita, llevándola en brazos hasta dejarla escondida en una casa; entonces correr, avisar á los serenos, y marchar con ellos á dar parte á la justicia, declararlo todo.—Ese, ese es el hombre malo! Uy! que cara de condenado pone! Picado!

ROQ. Infame!

BEN. Oh! ahora no tenerte miedo! No poder pegarme! Estar aquí la justicia! Picado! picado! picado! (*le van pegando los serenos.*)



